OBRA ESCRITA EXPRESAMENTE PARA LOS OBREROS.

ALTA COMEDIA ORIGINAL DE LA SEÑORA

AL SR. PRES[illegible] DE [illegible] REP[illegible]



MEXICO.

Talleres de Imp[illegible]

EDUARDO [illegible]

AVENIDA [illegible] SEPTIE[illegible] NÚMER[illegible]

1912.

OBRA ESCRITA EXPRESAMENTE PARA LOS OBREROS.

SOMBRA Y LUZ

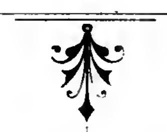
ALTA COMEDIA ORIGINAL DE LA SEÑORA

TERESA FARÍAS DE ISASSI,

DEDICADA

AL SR. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

D. FRANCISCO I. MADERO.



MEXICO.

Talleres de Imprenta y Litografia "El Escritorio."

EDUARDO GARDUÑO.

AVENIDA 16 DE SEPTIEMBRE NUMERO 41.

1912.

C. Francisco I. Madero,

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA:

A Usted, que tanto se preocupa por el progreso de nuestro valioso gremio obrero, tengo el alto honor de dedicar esta obra.

La Autora.

PERSONAJES.

Gilberta........... ....Protagonista.

Angelita........... ....Madre de Gilberta.

Lucía.................................Profesora.

Doña María...................... .....Mujer del Pueblo.

La Casera.............................Mujer del Pueblo.

Julia.................................Criada.

Fernando ....Obrero.

José............................ .....Obrero.

Luis.......................... ....Obrero.

Antonio...... ....Rebelde.

Don Carlos...........................Jóven Acaudalado.

Juan..................................Agricultor.

Un Empleado de un Juzgado.

Un Cargador.

Un Niño.

EPOCA ACTUAL, MEXICO.

SOMBRA Y LUZ.

ACTO I.

La escena representa un cuarto de vecindad en la mayor miseria. Dos camas desvencijadas. una mesa rota y algunas sillas forman el mobiliario. Puerta en el fondo.

ESCENA I.

Angelita, una pobre mujer de la clase media; Luis, un chico de diez años, desarrapado, se supone que se dedica á la venta de billetes, pues lleva algunos en la mano. José representa 16 años, viste un traje de obrero, sucio y desgarrado. Al levantarse el telón, Angelita habla con Luis, José está acostado en la cama.

Angelita—¡Válgame Dios! las cuatro y tu hermana no viene aún á comer. Dime la verdad, ¿fuiste á la fábrica á preguntar por élla?

Luis—Sí, mamá. sí fuí. Dicen que salió á la una y que no ha vuelto.

Angelita—¡Dios mío! si no volverá más. ¡La miseria es tan mala consejera! (*Se asoma á la puerta*) Nada, no viene Siento una inquietud atroz. Desde hace días, andaba mi Gilberta tan nerviosa....

Luis—Mamá. me voy, no he vendido nada.

Angelita—Vé con Dios.

Luis—(*Sale gritando*) Mil pesos para esta tarde.

ESCENA II.

Angelita y la Casera.

Casera— Angelita.

Angelita—¿Que? Pase usted.

Casera—Venía á recordarle que hoy espira el último plazo. Dentro de un rato vendrán á ponerla en la calle.

Angelita—¿Echarme á la calle? ¿Pero tendrán valor?

Casera Debe usted ya cuatro meses de renta.

Angelita—No he podido pagar. Gilberta no encontraba colocación Y ese, (*Señalando á José*) trabaja un día á la semana. y lo que gana se lo gasta en la calle. Solo Dios sabe los milagros que hemos hecho, para no morirnos de hambre.

Casera—Bueno. Usted sabe lo que hace.

Angelita—Suplíquele usted al dueño que nos espere. Dígale que ya entró Gilberta á una fábrica.

Casera—Sería inútil. Conozco demasiado al dueño. Recuerde usted que, hace un mes, echó á la calle á la viuda del zapatero con sus siete chiquillos.

Angelita—Sí. ¡Pobre mujer! Pasó la noche sentada en la banqueta, con sus míseros trastos tirados en la calle, con sus pobres niños llorando de frío y de hambre.

Casera—Pues, ya vé, por ese lado no hay esperanza. (*sale*)

ESCENA III.

Angelita y José. Después Doña María.

Angelita—¿Oiste hijo? Hoy nos echan.

José—Sí, mamá, ya oí.

Angelita—¿Qué hacemos?

José—No sé.

Angelita—Ya ves, por no queter trabajar.

José—Es que no sé hacer nada. ¡Si tuviera un oficio! Nada has procurado que aprenda, no debes quejarte

Angelita—Si tuvieras constancia en un mismo trabajo, ya habrías prosperado.

José—Quizás.

Angelita—(*Acercándose á la puerta*) **Doña María.**

Doña María—(*Desde adentro*) ¿Qué se ofrece?

Angelita—Venga acá, se lo ruego.

Doña María—(*Desde adentro*) Voy.

Angelita—Hijo, levántate. Corre á la casa de tu prima Lucía. Dile lo que nos sucede. Dile que nos permita meternos en su casa. (*José se levanta dando muestras de gran pereza*) Anda, por Dios, que corre mucha prisa.

José—Voy. Pero por ese lado no tengas esperanzas. Ayer me encontré á Lucía y me dijo que se iba para Jalisco

Angelita—Sí, hace días que anda con eso, pero vé, vé.

Doña María—¿Me llamaba?

Angelita—Sí, pase. (*A José*) Vete hijo, por Dios (*Sale José*)

Doña María ¿Qué le sucede, por qué está tan afligida?

Angelita—¡Tantas cosas! En primer lugar, que son las cuatro dadas y Gilberta no ha vuelto En la fábrica en donde trabaja no saben de élla.

Doña María—Malo, malo. Así se me desapareció, una vez, Lupe, mi hija mayor.

Angelita—¿Y volvió....?

Doña María—Sí, volvió ocho meses después. Toda desgarrada, toda golpeada, y próxima á ser madre.

Angelita—¡Dios mío! ¡Dios mío! Y como si esta inquietud no fuera bastante, tengo otra; hoy me van á echar del cuarto.

Doña María—¡Jesús, María y José! ¿Y qué vá á hacer?

Angelita—Para esto la llamé; para suplicarle que me preste un rincón para meter mis pobres muebles; para meternos nosotros, mientras tenemos adonde irnos.
Doña María—¡Un rincón! ¿Qué no se ha fijado usted que mi cuarto es más chico que el suyo, y que somos diez los que vivimos en él?
Angelita—Es verdad. ¡Dios mío! ¿Qué haré, qué haré?
Doña María—Voy á hablarle á Don Fernando.
Angelita—¿Quién es?
Doña María—Un obrero, que vive en esta vecindad desde hace ocho días.
Angelita—¡Un obrero! ¿Y qué quiere usted que haga por mí un obrero?
Doña María—Es un obrero que gana tres pesos diarios. Trabaja en la Maestranza. Es una excelente persona. Está pagando el médico y las medicinas á Doña Paula; la reumática que vive junto á mi cuarto. Ayer le llevó á regalar un grueso chal de lana. La pobre reumática se puso á llorar, cuando él mismo la arropó.
Angelita—Háblele, pues, por mí, se lo ruego.
Doña María—En cuanto llegue de su trabajo, le hablo.

ESCENA IV.

Las mismas, más José y Lucía, esta última lleva traje de calle y sombrero.

Lucía—Buenas tardes, tía.
Angelita—Buenas tardes.
Lucía—Buenas tardes, Doña María.
Doña María—Buenas tardes.
José—Me la encontré en el camino, venía para acá.
Doña María—Voy pues á esperar á Don Fernando.
Angelita—Sí, sí, vaya, hágame favor. (*Sale Doña María*)
José—Te lo dije, mamá, Lucía se vá.
Angelita—¿Te vas?
Lucía—Sí, tia, hoy mismo á las siete. Venía precisamente á despedirme.
José—Voy á ver si algún conocido, si algún amigo nos permite irnos á su cuarto.
Angelita—Sí, sí, vé. (*Sale José*)
Lucía—No es malo este muchacho; lo que le ha hecho falta es una buena dirección.
Angelita—Su padre los dejó muy chicos á los tres. (*Suspirando*)
Lucía—Y han crecido á su antojo como plantas salvajes.
Angelita—Pero es pues cierto ¿te vas hoy?
Lucía—Sí, tía, compré ya mi boleto.
Angelita—De manera que es cosa resuelta, ¿dejas tu puesto de ayudante en la escuela y te vas de institutriz á una hacienda de Jalisco?
Lucía—Es cosa enteramente resuelta.
Angelita—No me gusta el cambio.
Lucía—¿Por qué, tía? si mejoro mucho, en todos sentidos.
Angelita—Eso de que te vayas á vivir á la casa de un hombre solo, no me agrada.

Lucía—El señor no vive solo. Ya le he dicho á usted que acaba de enviudar, y que tiene dos niñas.
Angelita—Sí, pero son muy pequeñas para que te sirvan de respeto.
Lucía—¡Valiente virtud la mía, si necesitara cuidadoras! No, no se apure usted por mí. Yo no corro peligro en ninguna parte. Mis padres se tomaron el trabajo de cultivar mi corazón y mi inteligencia; sé bien hasta donde voy, y hasta donde llego. Conozco el valor de las personas y de las cosas, y sé estimarlas en su justo precio. A mí no me engaña nadie, soy muy razonadora.
Angelita—Allá te lo haya. Los hombres son muy atrevidos.
Lucía—Con quienes les dan alas.
Angelita—Con todas.
Lucía—No lo crea. Hay ciertas mujeres, ante las cuales el más atrevido enmudece.
Angelita—¿Y, tú, eres una de ellas?
Lucía—Sí.
Angelita—¡Qué orgullosa!
Lucía—Sí, es verdad, tengo el noble orgullo de valer algo; tengo el orgullo santo de no necesitar de nadie, de bastarme á mí misma, para mantenerme y para defenderme.
Angelita—Tú no sabes lo que son las pasiones.
Lucía—Sí que lo sé. He luchado mucho contra ellas. Son gigantescas olas que derriban al débil y al ignorante, y que se estrellan contra el pecho fuerte, contra la inteligencia sana y bien cultivada. Conque no se preocupe usted por mí. Eduque usted á sus hijos; porque por el camino que van, van hacia un abismo inevitable.
Angelita—Tus palabras aumentan mi inquietud. ¿Ya sabes que Gilberta no ha venido á comer, y que no está en la fábrica?
Lucía—Sí, me lo dijo José.
Angelita—Voy de nuevo á ver si ya volvió.
Lucía—Sí, sí, vaya.
Angelita—¿Me esperas? no tardo, es cerca.
Lucía—Sí, sí, la espero. (*Sale Angelita.*)

ESCENA V.

Lucía y Doña María.

Lucía—(*Se sienta, saca de su bolsa de mano un pequeño libro y se pone á leer*) (*Pasan dos minutos, y entra sigilosamente Doña María.*)
Doña María—¿Está usted sola?
Lucia—Sí enteramente sola. ¿por qué?
Doña María—Porque Gilberta me encargó que viniera á ver si estaba usted sola.
Lucía—¡Gilberta! ¿¡Pero en dónde está, en dónde está!? (*Levantándose*).
Doña María—Ahí en frente, en mi cuarto.

Lucía—¿¡De veras!? y su pobre madre vuelta loca buscándola.
Doña María—Hace un rato llegó hecha un mar de lágrimas.
Lucía—¿¡Pero qué le pasa!? ¿¡Por qué no entró aquí, á su cuarto!?
Doña María—No quería que su madre la viera.
Lucía—Pero ¿¡por qué!? ¿¡por qué!? ¿¡por que!? (*Estupefacta*).
Doña María—No sé.
Lucía—Vamos. (*Dirigiéndose hacia la puerta*).
Doña María—Nó. Me dijo que, si usted estaba sola, la llamara. Voy á llamarla. (*Sale*).

ESCENA VI.

Gilberta y Lucía.

Lucía queda en actitud de espectante inquietud. [*Pausa*].
Entra Gilberta. Representa 17 años. Viste un pobre traje de obrera, y un chal negro de lana. Su actitud es de un inmenso bochorno; su cara que trata de ocultar entre sus manos, está bañada de lágrimas.

Lucía—¡Gilberta! ¿¡Qué tienes!? ¿¡Qué te pasa!? (*Gilberta por toda respuesta se echa en brazos de Lucía sollozando amargamente*) ¡Dios mío! ¿¡qué tienes !? ¿qué te pasa? (*Pausa*). Habla por Dios, no me hagas pensar en algo horrible.
Gilberta—Piensa lo peor.
Lucía—¿¡Qué dices!?
Gilberta—(*Con desesperación*) Sí, sí, sí, no tiene remedio; estoy perdida, estoy perdida, para siempre. para siempre. (*Sollozando*)
Lucía—¿¡Como!? ¿¡Qué!? Ay no, no, no puede ser. Dí que mientes.
Gilberta—No, no miento; el único tesoro que tenía era mi virginidad, y acabo de perderla.
Lucía—¡Jesús! (*Con gran angustia. cubriéndose la cara con las manos*) (*Pausa*) Dí al menos, ¿le diste tu honra á un hombre de tu clase. que pueda casarse contigo?
Gilberta—Nó, desgraciadamente nó (*Se sienta*)
Lucía—¿A quién pués? [*Se sienta*]
Gilberta—Hace algún tiempo empezó, á perseguirme un joven muy elegante, muy rico. Pronto supe que se llamaba don Carlos Montero. Como voy siempre sola á la fábrica, muy fácil le fué hablarme. Presté oido á sus palabras.... ¿Por qué? No lo sé. Quizá por cariño; quizás por esa fascinación que el rico causa al pobre; quizás por el deseo de salir de mi situación desesperada. No sé. Poco á poco se hizo costumbre que él me acompañara de mi casa á la fábrica. En el trayecto me decía que era una tonta en trabajar; que él me daría para vivir en la holganza; que el trabajo era humillante; que siendo tan bonita y bien formada. hacía muy mal en ir vestida de obrera cuando podría ir ves-

tida de seda. Me prometía con su amor una vida nueva, llena de placeres. y......

Lucía—Y....el virus de la tentación y del vicio iba entrando lentamente en tu alma.

Gilberta—Quizás Solo sé que hoy al venir de la fábrica me salió don Carlos al paso, y, no me doy cuenta precisa, no sé como fué. no sé por qué me decidí; pero en vez de venirme á mi casa. me fuí con él á un hotel.

Lucía—¡Basta! (*Tapándose la cara con las manos*) (*Pausa*)

Gilberta—(*Con voz lenta y dolorosa*) Ya al venirme. puso en mi mano un billete de banco. Yo abrí la mano y dejé caer el billete. No. no. no pude coger aquel papel; sentí que me quemaba; sentí que con él quería pagarme algo que no tenía precio, algo que no podía pagarse con dinero.

Lucía—Y, ahora; ¿qué vas á hacer? ¿qué has pensado?

Gilberta—No sé. Una infinidad de cosas obscuras lloran en el fondo de mi ser. Siento una rebeldía desesperada contra mi destino.

Lucía—¡Niña! (*Con pánico*)

Gilberta—Estoy fastidiada de todo. Ya no quiero esta vida de miserias y de luchas. Ya no quiero seguir haciendo el papel de bestia de carga atareada y sumisa. Quiero mi parte de felicidad. Quiero reir como las demás. gastar amar, gozar (*Calenturienta*)

Lucía—¡Gilberta! me espantas

Gilberta—Por qué me he de sacrificar, por qué he de trabajar; cuando otras, con menos atractivos que yo. derrochan á montones las monedas que yo gano con tanto trabajo

Lucía—¡Gilberta ! ¡Gilberta! ¿Qué idea expresa tu pensamiento?

Gilberta—(***Este recitado se recomienda mucho á la artista. Debe matizarlo, bordarlo, con congojas de quien no puede decir lo que desea; con terrores de alucinada, con miradas y estremecimientos de calenturienta***) No se.... verás....desde hace tiempo sentía....una sensación....muy extraña. Me parecía que había á mi espalda una Sombra una inmensa Sombra negra; y delante de mí una claridad una viva radiación que alegraba mis días, que me daba valor No.... no es así....no me explico....no me explico bien....¡no puedo;! ¡oh, no puedo! Quizás la Sombra y la Luz no estaban fuera, sino dentro de mí; en mi propio ser. Las dos hablaban; no puedo definirte cómo.... No eran humanas sus voces.... Eran voces secretas.... inarticuladas.... que yo solo podía oir.... que semejaban pensamientos y que resonaban aquí.... aquí.... (*Tocándose el cerebro*) Las dos disputaban continuamente. Si la Sombra rugía, la Luz cantaba. Si la Sombra lloraba, la Luz reía. Cuando la Sombra maldecía el trabajo. la Luz lo bendecía. Cuando la Sombra me gritaba: rebélate. la Luz me decía: resígnate. No sé cómo ni cuándo. empezó esta lucha. No sé si fué desde que conocí á Antonio ó desde que conocí á Don Carlos. Sólo sé, que. de vaga que era, se ha vuelto formidable. Sólo sé, que la Sombra ha crecido, que se ha vuelto espantosa...., que me rodea...., que

me abraza...., que me ahoga....; y que la Luz ya no habla, ni ríe, ni canta; que palidece...., que se aleja...., que se va...., se va...., se va ... (*Delirante*) ¡Ay de mí, si esa estrella lejana se apaga;! me hundiré para siempre en la Sombra, en la inmensa Sombra negra.

Lucía—No, Gilberta, no por Dios, no te desalientes así. Piensa que si es dura la esclavitud del trabajo, es más dura la esclavitud del vicio.

Gilberta—Ya no tengo remedio, la Sombra me ha cogido. Ahora á rodar, á rodar hasta el abismo.

Lucía—Nó, nó hables así.

Gilberta—¿Qué remedio me queda? ¿Hay acaso otro camino, para la que ha caído como yo?

Lucía—Sí, hay otro camino.

Gilberta—¿Cual?

Lucía—La Regeneración, la Regeneración por el trabajo y por la ilustración.

ESCENA VII.

Las mismas y Angelita.

Angelita—Berta, mi Bertita. (*Besándola*) Ya volviste. Estaba tan inquieta por tí. ¿Por qué tardastes tanto?

Lucía—(*Respondiendo por Gilberta que se queda confusa.*) Una amiga la invitó á comer.

Angelita—¡Ah, vaya! Pero, has llorado, has llorado mucho, ¿por qué?

Lucía—(*Contestando por Gilberta que se queda confusa.*) Porque le dije que me iba dentro de unas cuantas horas, y.... es natural ¡quién sabe cuándo volveremos á vernos!

Angelita—(*A Gilberta*) Ya te lo diría también, va ganando ochenta pesos mensuales, casa, comida, ropa limpia.

Gilberta—Yo en cambio, tengo que trabajar hasta rendir, para ganar cuarenta centavos diarios.

Lucia—¡Ay, tía,! qué crimen, qué crimen tan grande, cometió usted no ocupándose de la educación de esta niña! Tiene una inteligencia extraordinaria, verdaderamente extraordinaria, se habría hecho de élla lo que se hubiera querido.

Angelita—¡Como! (*A Gilberta*) ¡Qué no me he ocupado de tu educación! ¡Qué cosas tiene Lucía! ¿Quién te enseñó el catecismo?

Gilberta—Tú.

Angelita—¿Quién te enseñó á rezar el rosario?

Gilberta—Tú.

Angelita—¿Por quién sabes cuáles son las fiestas de guardar, y cuáles son los días de vigilia?

Gilberta—Por tí.

Angelita—¿Oiste, Lucía?

Lucía—Yo no hablo de esa educación, maternal y sencilla, que respeto. Hablo de una educación superior que hubiera desarrollado todas las facultades de su ser.

Angelita—Sí, sí, y que le hubiera quitado la religión, como á tí.

Lucía—No, señora, que se la hubiera robustecido; que en lugar de una fé vacilante y ciega, le hubiera dado una fé firme y convencida. Una educación, en fín, que le hubiera dado armas para luchar contra la miseria y contra el vicio.

Angelita—Tú dirás lo que quieras, pero yo lo sé bien. La ilustración mata la religión.

Lucía—Está usted equivocada. La ilustración no mata la religión. Al contrario, nos da de ella un concepto más amplio, más bello. Lo que sí mata todo, porvenir, conciencia, alma; es la ignorancia. Téngalo usted presente, y vea lo que hace con esta niña, porque es un ser de los que no traen marcada la vía y lo mismo se hunden en un infierno, que escalan un cielo. (*Levantándose*) Me voy. No quisiera partir dejándolas en tan aflictivas circunstancias, pero es preciso. De mi primer sueldo les enviaré una ayuda. (*A Gilberta, besándola.*) Adios, Gilberta. Me voy muy triste. No quisiera dejarte así; te veo desalentada.

Gilberta—Más aún; totalmente vencida.

Lucía—Te escribiré.

Gilberta—¿A dónde,? si dentro de un rato no tendremos casa.

Lucía—Te escribiré á lista.

Gilberta—Bueno.

Lucía—Adios. ¡Valor! ¡Valor! (*Besando á Gilberta*)

Gilberta—Adios.

Lucía—Hasta otra vista, tía.

Angelita—¡Hasta otra vista! ¡Que seas feliz! (*Sale Lucía*)

ESCENA VIII.

Angelita y Gilberta.

Gilberta—Dice bien Lucía; fué un crimen no haberme enviado á un colegio.

Angelita—No pude, era pobre.

Gilberta—La madre de Lucía era más pobre, y, sin embargo, pudo hacer que su hija entrara á un colegio; pudo hacer que se recibiera de profesora. ¡Qué bien lo recuerdo! Cómo se afanaba; cómo se arrastraba; cómo hacía toda clase de sacrificios para que su hija no faltara á la escuela. ¡Ya ves los resultados; Lucía es una profesora, yo en tanto no se leer! [*Con mucha tristeza.*]

Angelita—¿Me lo reprochas?

Gilberta—No, pero me duele, me duele mucho, que me hayas dejado pasar el tiempo, jugando en los patios de las vecindades en vez de haberme enviado á la escuela. Son gratuitas, enteramente gratuitas; nada te hubiera costado mi educación.

Angelita—Es verdad.

Gilberta—Yo habría sabido aprovecharme. Tengo ideas, pero no sé darles forma. Tengo pensamientos, pero no sé expresarlos. Mira; hay veces que siento dentro de mí.... aquí....; [*Tocándose la frente*] una parte de mi ser que ansía escaparse...., algo que quiere volar...., una cosa que se siente presa.... [*Tocándose la frente.*] Siento aquí, anhelos de ave que ve desde su jaula el infinito; estremecimientos de alas que ansían volar; tiemblan, se agitan, luchan, quieren salir; pero no pueden, se dan contra no sé que escollo, contra no sé que venda negra.

Angelita—¡Qué ideas tán extravagantes, qué ideas tán locas.! Cuando te vengan persígnate; es Sombra que pone en tu mente el diablo.

Gilberta—No, madre; es Luz que pone en mi mente Dios.

ESCENA IX.

Las mismas, más Antonio.

(*Este último es un hombre de aspecto patibulario. Su barba irsuta, sus cabellos crespos, su traje miserable, sus actitudes violentas, le dan el aspecto de un hombre vicioso y malvado.*)

Antonio—Buenas tardes.

Angelita—Buenas tardes, Antonio.

Gilberta—Buenas tardes.

Antonio—¿Qué tal,? ¿cómo han estado,? ¿consiguieron ya para la renta?

Angelita—No, nada hemos conseguido.

Gilberta—Nuestra situación es desesperada, hoy nos echan del cuarto.

Antonio—Ya saben, lo que yo les ofrecí, se los sostengo. Mi guarida está á sus órdenes. Si quieren irse para allá, serán bien recibidas; esta niña será ahí la reina.

Angelita—Iremos.

Gilberta—¡Mamá! (*Con espanto*)

Angelita—Pero, sin las condiciones que nos puso usted ayer.

Antonio—Eso nó. Si van será con la condición de ser de los nuestros. José y Luis aprenderán á fabricar bombas de dinamita. Usted y esta muchacha harán circular bajo cuerda nuestras ideas, nuestras proclamas. Ellos y ustedes secundarán nuestros planes. Robarán cuando se les ordene que roben; matarán cuando se les ordene que maten.

Gilberta—¡Jesús! (*Con espanto*)

Angelita—¡Jesús! (*Con espanto*)

ESCENA X.

Los mismos, más José y Luis, luego un empleado del Juzgado, un cargador y la casera. Después Fernando y Doña María

José—(*Entra corriendo*) Mamá, mamá.
Luis—(*Entra corriendo*) Mamá, mamá.
Angelita—¿Qué pasa? (*Alarmada*)
José—Ya vienen.
Luis—Ya están aquí
Angelita ¿Qué?, ¿quienes?
José—Los que vienen á echarnos.
Angelita—¡Jesús!
Gilberta—¡Dios mío!
Luis—¿Qué hacemos?
Gilberta—¿Qué hacemos, mamá? (*Con angustia*)
Antonio—Ya saben, mi casa está á sus órdenes. [*Oficiosamente*]
José—Ya están aquí [*Entra el empleado del juzgado, un cargador y la casera*]
Angelita—Señor, por amor de Dios espere un momento. [*Al empleado*]
Empleado—No es posible.
Antonio—Miserables. Usted y el dueño de esta casa me la pagarán. [*Aparte*]
Angelita—[*Corriendo á la puerta*] Doña María, Doña María, ¿le habló usted á Don Fernando?
Doña María—[*Desde adentro*] Sí. sí. ya viene aquí. [*A la señal del empleado el cargador empieza á sacar algunos muebles*]
Angelita—Un momento, por favor, un momento, se lo ruego. (*Angustiadisima*) (*Entra Fernando. Viste un traje azul de mecánico, en buen estado, pero ligeramente estropeado por el trabajo, del que se supone acaba de salir. María llega detrás de él y se queda en la puerta*)
Fernando—Buenas tardes. (*Angelita y sus hijos contestan casi á una voz el saludo. El empleado inclina apenas la cabeza, sin quitarse el sombrero*)
Angelita—[*A Fernando*] Señor, dispense usted, me atreví á molestarlo....
Fernando—Hizo usted muy bien. [*Mirando á su al rededor*] Me dice Doña María que es usted viuda....
Angelita—Sí, señor. soy viuda de una persona que tenía regular posición. Nos dejó algunos bienes, pero se nos acabaron, y como no sabemos trabajar nos hemos visto muy apuradas. Es por esto que....
Empleado—(*Al cargador*) Vamos.
José—(*Al empleado, en actitud muy humilde*) Señor. espere usted un momento, por caridad.
Fernando—¡Qué palabra y qué actitud tan fea!, jóven. ¡Un obrero no mendiga, un obrero no pide caridad!
Antonio—Muy bien dicho.

Fernando. —¿Este jóven es su hijo mayor? (*A Angelita*)

Angelita. —Sí

Fernando. —(*A José.*) ¿Y cómo es qué, siendo usted ya casi un hombre. se ha puesto en el caso de que arrojen á su madre á la calle?

José. —Yo trabajo......, pero.. ..., no sé hacer nada......, gano muy poco......

Antonio —Claro, los jornales están por los suelos.

Fernando. —Y lo que gana se lo bebe en las pulquerías.

José. — No, señor.

Fernando —Sí, señor. El vicio ha empezado á marchitar su rostro aun de niño. (*José se abochorna*) Se avergüenza usted, ¡muy bien! Lo felicito. Eso quiere decir que será la última vez en su vida que delante de usted humillen á su madre. Eso quiere decir que llegará usted á ser digno de llamarse obrero. Eso quiere decir que llegará usted á comprender que nosotros nosotros, los obreros somos el corazón de la Patria; somos su savia, somos su vida, somos su fuerza.

Empleado. —¿Ustedes son el corazón de la Patria? (*Con burla*)

Fernando. —Sí señor. nosotros, los que pasamos el día machacando el hierro. Los que descendemos al fondo de la tierra y le arrancamos sus tesoros. Los que extendemos en el aire los alambres y clavamos en la tierra los rieles. Los que derribamos los árboles y los convertimos en periódicos Los que encausamos la electricidad y la convertimos en luz. Los que perforamos las montañas. Los que salvamos los abismos. Los que llenamos los desiertos con el humo triunfal de las locomotoras. Los que fecundamos la tierra con el sudor de nuestras frentes. y con el ruido santo de nuestros martillos.

Empleado. —¿Cómo es qué siendo usted un obrero tiene tan altos pensamientos?

Fernando. —Es muy sencillo; por que en vez de perder mi tiempo en las tabernas lo empleo en las escuelas nocturnas y en las bibliotecas.

Empleado. —(*Al cargador.*) Vamos, fuera con todo

Antonio. —Miserable. (*Envolviéndolo en una mirada amenazadora.*)

Fernando. —Un momento. (*Al empleado.*) ¿Cuánto debe esta familia? (*A la casera.*)

Casera. —Veinte pesos.

Fernando. —(*Sacando unos billetes de una cartera, y dándoselos á la casera.*) Aquí los tiene usted.

Gilberta. — Gracias, señor.

Angelita. — Dios os bendiga señor.

Fernando —Puesto que nada se debe, el lanzamiento no puede verificarse. (*Al empleado.*)

Empleado. —¿Está usted de acuerdo? (*A la casera.*)

Casera. —Sí, señor.

Empleado —Vámonos. (*Sale el empleado, la casera, el cargador y Doña Marta*)

Angelita. —Dios os lo pagará.

Fernando. —(*Poniendo la mano sobre el hombro de José.*) Me lo pagará este mocito. A él le he hecho el préstamo. De hoy en adelante, si él quiere, trabajará á mi lado; aprenderá á mi lado á luchar y vencer.

Antonio. —Ja, ja ja. (*Aparte, mofandose de Fernando*)

José —Sí, sí.

Angelita. —Um, no lo crea. Este es cosa perdida.

Fernando. —Algo bueno tendrá. Todos tenemos nuestra vetita de oro; unos á flor de alma, otros en la profundidad del ser, pero todos tenemos nuestra vetita de oro. Lo que hace falta es la sabia labor que la descubra y la haga dar frutos. (*Pausa.*) ¿Y este muchacho qué hace? (*Señalando a Luis*)

Luis. —Me paso el día en la calle, vendiendo billetes de lotería.

Fernando. —¿No vá á la escuela?

Angelita. —No, señor. Lo poco que gana nos hace falta para comer.

Fernando. —De aprendiz en un taller ganará más y con provecho. Creo también que es sumamente urgente que concurra á una escuela nocturna.

Antonio. —Ja, ja, ja. Este imbécil es de los que aman el taller y la escuela (*Aparte, mofándose de Fernando. Se sienta, fuma, y continúa escuchando, con aire iracundo y burlón, las palabras de Fernando*)

Angelita. —Como usted lo disponga.

Fernando. —(*Después de contemplar un rato á Gilberta que está sentada, en actitud de gran abatimiento.*) Y usted, niña, ¿por qué guarda esa actitud de tan inmenso desaliento?

Gilberta. —Porque tengo en el alma una amargura inmensa.

Fernando. —(*Acercándose y contemplándola.*) ¡Pobre aurora,! tan niña todavía, y ya llegaron hasta usted las ondas más amargas de la vida. ¡Pobre botoncito! ¡que aun no acaba de abrirse y ya empieza á marchitarse! ¡Pobre mariposa, que tiene que ocultar en la sombra el oro de sus alas! ¡Pobre avecita! que en vez de cantar llora, que en vez de volar por el espacio azul de los ensueños, está presa en la jaula de la miseria y de los desencantos! ¡Pobre capullito! ¡pobre aurora!

Gilberta. —Soy muy desgraciada. señor: yo quisiera morir.

Fernando. —¡Morir. morir! ¡Qué palabra tán triste. tan desesperada. en la boca de una niña!

Gilberta. —Sí, sí, yo quisiera morir matarme.

Fernando. —No se acobarde usted así. no se desespere usted así. Mire de frente la vida. mire de frente el dolor No hay mal, por grande que sea, que no pueda producir un bién. Detrás de toda nube, está el cielo. Detrás de toda sombra. está la luz. En el fondo de todo abismo, está Dios. (*Gilberta llora silenciosamente.*) No, no llore, no se desaliente así. Hay que ser como el oro á quien el fuego purifica Hay que ser como el cielo á quién los relámpagos hermosean. Hay que ser como la tierra á quién las tempestades fecundan.

Gilberta. —Es demasiado tarde; demasiado tarde. (*Con honda tristeza*)

Fernando. —No, núnca es tarde para subir; nunca es tarde para levantarse.
Gilberta. —Estoy en la Sombra.
Fernando. —Pues á buscar la Luz.
Gilberta —Estoy en un abismo.
Fernando. —Pues á escalarlo. En toda ascención hay gloria; para todo sacrificio hay recompensa Ser grande después de una derrota, es más meritorio que ser grande después de una victoria. Ser grande en la riqueza, en la prosperidad y en la dicha, no es nada, junto á ser grande en la pobreza, en la adversidad y en la desdicha.
Gilberta. —Sí, sí, dice muy bien (*Levantando la cabeza.*)
Fernando. —La vida es para usted una dura cuesta, ¿quiere que esté yo á su lado para ayudarla á subir?
Gilberta. —Sí, sí señor
Fernando. — (*Ofreciendo á Gilberta su mano abierta, con un ademán amplio y sencillo.*) Pues ponga su manecita débil sobre mi mano vigorosa y ¡á empezar á subir! (*Gilberta pone su mano sobre la de Fernando, y él la ayuda á levantarse de la silla.*) ¡Vamos! ¡Arriba! ¡Arriba! Venid también vosotros, unámonos, para ser fuertes. (*A José y á Luis, que se acercan á él.*)
Antonio. —(*Levantándose impetuosamente.*) Poco á poco estos jóvenes no se unirán á usted; se unirán á mí. Estamos en tratos desde hace días se van á mi casa.
Fernando. — Está bueno. Si usted les ofrece un porvenir mejor que el que yo puedo ofrecerles, no hay para qué oponerse.
Antonio. —¿Qué es lo que usted les ofrece?
Fernando. — Buscar los medios de que se instruyan y de que trabajen; nada más.
Antonio. —¡Eso es una estupidez! Yo les haré ricos, poderosos, temibles.
Fernando. —¿De qué medios se valdrá usted?
Antonio. —De este. (*Sacando de la bolsa unas bombas.*)
Gilberta. —¿Qué es eso?
Luis. —¿Qué es eso?
Antonio. —Bombas de dinamita.
Angelita. —¡Jesús! (*Espantada, retirándose de Antonio.*)
Gilberta. —¡Jesús! (*Espantada, retirándose de Antonio.*)
Fernando. —¡Ah! ya comprendo que es lo que quiere usted hacer de esta juventud; prostítuirla; enseñarle á tomar por la fuerza, lo que á otros les corresponde por derecho; enseñarle á adquirir por el robo lo que deben adquirir por el trabajo. ¡Ah, ya comprendo! Es el gérmen maldito de la rebelión el que quiere usted arrojar en esos juveniles corazones No, su semilla maldita no germinará; aquí estoy yo para impedirlo. Entre esa juventud que es vida, que es promesa santa, que es porvenir risueño; y entre usted que es sombra, que es discordia, que es muerte; me levanto yo.
Antonio. ¿Y quién es usted? (*Con desprecio.*)

Fernando. — El obrero honrado; el obrero consiente de sus derechos y de sus deberes.

Antonio. —Usted está loco

Fernando. —Sí. tengo la locura santa del deber; como usted tiene la locura criminal del exterminio; tengo la locura sublime de amar á mi Patria, de querer verla fuerte, prestigiada, feliz. Tengo la locura bendita de rehacer lo que ustedes deshacen, de poner Luz en donde ustedes ponen Sombra; de sembrar la buena semilla en donde ustedes siembran el gérmen maldito Estoy loco, sí; estoy loco, para los ciegos, para los ignorantes, para los malvados. Tengo la locura de gritar alto muy alto para que se oiga de un confín al otro del horizonte, que el hombre honrado no puede seguir más que un camino; el del trabajo, el del deber.

Antonio. — ¡El trabajo! El trabajo deshonra.

Fernando —Mentira. El trabajo ennoblece.

Antonio —El trabajo esclaviza.

Fernando. —Mentira. El trabajo redime.

Antonio —Usted no tiene derecho para oponerse á que estos jóvenes se vayan conmigo (*Furioso.*)

Fernando. —Sí. tengo derecho. Esos niños son los hombres de mañana, son la generación nueva, son el porvenir. Todos tenemos el deber de salvarlos. Educar á la juventud es engrandecer á la Patria.

Antonio. —Se irán conmigo.

Fernando. —No. (*Se pone delante de Angelita y de sus hijos. Antonio queda solo á un lado.*)

Antonio. —Se los arrancaré de sus garras, soy fuerte; tengo la fuerza que destruye (*Furioso*)

Fernando. —Yo soy más fuerte. tengo la fuerza que construye.

Antonio. —Yo tengo la fuerza que mata.

Fernando. —Yo tengo la fuerza que crea.

Antonio. —Yo tengo la tea que incendia.

Fernando. —Yo tengo la antorcha que ilumina.

Antonio —Yo tengo en mis manos la muerte.

Fernando —Yo tengo en las mías la vida.

Antonio. —Venid conmigo. (*Tratando de atraerse á los jóvenes, lo que no puede hacer por que Fernando se opone extendiendo los brazos.*) Venid conmigo.

José. —¿Adónde?

Antonio. —A la rebelión, á destruír la autoridad y la riqueza.

Angelita. — Nó.

Gilberta. —Nó no.

José. —Nó.

Luis. —Nó.

Fernando. —No escucheis á ese hombre. Venid conmigo.

José. —¿Adónde?

Fernando. —Al taller y á la escuela. A engrandecernos y á engrandecer á la Patria.

Gilberta. —Sí, sí. (*Con entusiasmo.*)

José. —Vamos.

Luis. —Vamos. (*Todos unidos á Fernando, se dirigen á la puerta del fondo. Antonio se queda solo, riendo, con aire de rabia y amenaza*)

CAE EL TELON.



ACTO II.

Siete años después del primer acto. La escena representa una salita muy modesta, pero decente y ordenada. Primer término, á la derecha, una mesa; segundo término, á la izquierda, un pequeño escritorio.
Puerta en el fondo, ventana y puerta lateral.

ESCENA I.

José, Luis, después Julia. Los primeros visten pulcramente trajes de obreros bien retribuidos. Al levantarse el telón, están terminando de ornar con guias de flores naturales los marcos de las puertas.

José. —A darnos prisa, Luis. Mamá no tarda en volver del templo, y es preciso que cuando élla llegue, todo esté concluído

Luis. —(*Acercándose a la puerta lateral.*) Trae más flores Julia.

Julia. —(*Desde adentro.*) Ya las llevo.

Luis. —¿Qué te parece, vá bien esta guía?

José —Levántala un poco.

Luis. —¿Así?

José. —Un poco más; así

Julia. —(*Entrando con un cesto de flores.*) Aquí están las flores. ¡Parecen acabaditas de cortar.!

José. —Forma unas guías (*Julia se pone á formarlas.*)

Luis. —¡Qué falta nos hace Gilberta;! élla tiene tán buen gusto

José —No debe tardar.

Julia. —¿A dónde fué?

José —Fué á la estación á encontrar á nuestra prima Lucía, á quien hace siete años no vemos

Julia. —¿Y su prima viene sola?

José —Nó. Viene con su marido y con su hijo.

Luis. —Ya era tiempo de que estuvieran aquí. El tren llega temprano

José. —Es probable que se hayan detenido un rato en un hotel para dejar sus equipajes y quitarse el polvo.

Luis —Mira, Julia enjuga unas flores; que no les quede nada de agua. (*Julia seca las flores con su delantal*)

José —(*Retirándose para ver el efecto del adorno*) Creo que está bien.

¿Qué te parece? (*A Luis.*)

Luis. (*Acercándose á José*) Está muy bién. ¿Traes ahí la libreta?

José. —Sí aquí está. *(Saca de la bolsa una libreta envuelta en papel de china y atada con listones.)* Pon aquí esas flores. *(A Julia, señalándole la mesa.)*

Julia. —¿Aquí? ¿sobre la mesa?

José. —Sí. ¿Están bién secas?

Julia. —Sí *(José pone la libreta sobre la mesa, y Luis y Julia la cubren de flores.)*

Julia. —*(Se dirige á la puerta del fondo.)* ¡La señora.! ¡la señora,! ¡ya viene.! *(Hace esta exclamación al pasar por la ventana.)* (*Sale.*) (*José y Luis dan una última mano al adorno y se dirigen á la puerta del fondo.*)

ESCENA II.

Los mismos y Angelita; ésta última decentemente vestida, lleva chal negro de lana, un libro y un rosario en la mano.

José. —¡Muchos días de éstos, mamá ! (*Besándola*)

Luis. —¡Mil felicidades.! (*Besándola.*)

Angelita. —(*Fijándose en el adorno.*) ¡Pero ¿qué es ésto? ¡Qué sorpresa.! ¡Qué sorpresa tan agradable.!

José. —Más quisieramos hacer para festejar tu santo. mamacita,

Luis. —Fernando nos dió la idea, y nosotros la ejecutamos.

Angelita. —¡Cuánto se los agradezco, cuánto.!

José. - Pues ahora viene lo mejor.

Luis. —La cuelga principal.

José —Te la damos Gilberta, Luis y yó.

Luis —Aquí está. (*Señalando la mesa.*)

Angelita. —¿Estas flores ? ¡Qué bonitas!

Luis. —No, busca, busca.

José —Busca entre ellas.

Angelita. —(*Busca entre las flores y encuentra la libreta.*) ¿Qué es esto?

José —Adivina.

Luis. —Adivina, adivina, mamá.

Angelita. —(*Quitando los listones y el papel de china que envuelve la libreta.*) Vamos á ver, vamos á ver (*Abriendo la libreta.*) ¿Qué es esto?

José. — Es una libreta en que consta que tienes á tu disposición en el Banco de Ahorros la cantidad de quinientos pesos. (*Remarcando la frase con noble orgullo.*)

Angelita. —¡Quinientos pesos! ¡Quinientos pesos! ¿¡Qué estais diciendo!? ¿¡Cómo habeis obtenido esa cantidad enorme!? (*Asombrada, dichosa.*)

José. — Del único modo que debiamos obtenerla; trabajando y ahorrando.

Angelita. —¡¡Pero es posible!! ¡¡Pero es posible!! ¡Ay! hijos míos, me salta el corazón de alegría. ¡¡Quinientos pesos!! ¡¡Quinientos pesos!! ¡Con cuánto trabajo debeis haberlos reunido.!

Luis. —Si vieras que nó.

José. —Lo que nos costó un trabajo atroz, fué ocultarte lo que estábamos haciendo. Pero Fernando no quería que te dijéramos nada hasta reunir una cantidad de importancia.

Angelita. —¡Pero sí es increible, increible! ¡¡Quinientos pesos nuestros!! ¿Cómo habeis podido reunir tan grandísima cantidad (*Viendo incesantamente la libreta.*)

Luis. —Pues muy fácilmente.

José. —Desde que conocimos á Fernando nos habló de las ventajas del ahorro. Empezamos á ahorrar un centavo diario cada uno; lo que resultó ser al mes noventa centavos, y al año casi once pesos. El segundo año, como éramos más aptos, nuestros sueldos habían mejorado, y pudimos ahorrar cinco centavos diarios cada uno, los que hacían al mes cuatro cincuenta y al año cincuenta y cuatro pesos.

Angelita. —¡Cincuenta y cuatro pesos!

Luis. —Justo. Haz la cuenta.

José. —El tercer año, pudimos ahorrar diez centavos diarios cada uno, los que al año resultaron ser ciento ocho pesos.

Angelita. —¡Cómo! ¿Ahorrando diez centavos diarios cada uno, resultaron ciento ocho pesos al año.?

Luis. —Sí, mamá, haz la cuenta.

José. —Conforme el tiempo pasaba, como nos instruíamos, como perseverábamos en el mismo taller, nuestros sueldos iban mejorando, y nuestras cuotas de ahorro eran cada año mayores.

Luis. —Además la caja nos abonaba interés.

José. —(*Besando á Angelita.*) Ya ves, mamá, como con un pequeño esfuerzo reunimos una gran cantidad.

Luis. —Teniamos un poco más, pero, cuando estuviste enferma, pedimos algo.

José. —Este año hubiéramos podido ahorrar mucho; pues ya Gilberta y yó teniamos buenos sueldos; pero hemos tenido que amueblar la casa, y aunque son muebles muy modestos nos han costado un piquillo.

Angelita. —¡Qué bella acción, que bella acción, han tenido conmigo, hijos míos.!

José. —(*Acariciando á Angelita.*) Ya ves, mamá, como Fernando decía bien. Todos tenemos nuestra vetita de oro.

Angelita. —¡Qué rica era la que ustedes tenían, y que á flor de alma estaba.! (*Se oyen voces adentro.*) (*Se asoman todos á la ventana.*)

Luis. —Ya vienen

José. —Ya están aquí.

ESCENA III.

Los mismos, más Gilberta, Lucía y Juan. Gilberta viste sin lujo pero con buen gusto y decencia; lleva chalecillo negro de seda. Lucía lleva sombrero.

—Tía, queridísima, tía. (*Abrazando efusivamente á Angelita.*)
ta. —Bien venida seas.
—(*Saludando á José.*) ¡Cómo ! ¿Este hombre tan formalote es José?
—El mismo. (*Abrazándola.*)
—¡Dios mío! Luisillo, ya es todo un hombre. (*Abrazándolo.*) (*A Angelita.*) Mi marido. Tengo el gusto de presentárselo.
—Juán López.
:a. —Mucho gusto en conocer á usted.
—(*Saludando á Juan.*) Mucho gusto en ponerme á sus órdenes.
—Lo mismo digo. (*Saludando á Juán.*)
—Pero qué sorpresa, qué sorpresa tan agradable; todo nuevo, todo elegante. (*Mirando á su alrededor.*)
a. —Elegante no, decente.
ta. —¿Y tu hijo?
—Se durmió, y lo dejamos en el hotel.
a. —¡Ah mamá ! es un rorro divino.
—¡Dios mío! ¡pero si estoy maravillada! ¡qué cambio se ha efectuado entre ustedes !
—¿Recuerdas la última vez que nos vimos?
—Sí. hace siete años.
a. —Pasábamos por una situación desesperada.
a. —Momentos después de que tú saliste, entraron á echarnos de la casa.
—Sí, ¿pero cómo se ha efectuado el milagro;? ¿cómo es que ahora teneis todo lo necesario ?
a —Algo. algo, más de lo necesario. Miren, miren la cuelga que me han dado mis hijos. (*Enseñándoles la libreta.*)
—¡Hola! ¡hola! mira, mira esto, Lucía; tienen quinientos pesos en el Banco de Ahorros .
—A ver, á ver. (*Tomando la libreta y leyéndola.*) ¡Nada ! ¡nada,! ¡que no cabe duda ! ¡Bravo ! ¡Muy bien,! Así se lucha y así se triunfa.
—Pero siéntense, siéntense. (*Se sientan todos.*)
—¡Dios mío¡ ¿Pero cómo ha sido esto ? ¿quién ha efectuado el milagro.? Cuéntenme, cuéntenme.
—El milagro lo efectuó la escuela, la ilustración, el esfuerzo cons-

tante hacia un mismo fin.

Gilberta. —Eres un poquito injusto. José.

José. —¿Por qué ?

Gilberta. —Porque no mencionas á aquel que nos enseñó á luchar y á vencer; á aquel por quien supimos lo que la escuela y la voluntad podían.

José. —¿A Fernando.?

Gilberta. —Sí, á Fernando que, nos mostró la Luz, cuando agonizábamos en la Sombra.

Angelita. —Fué para nosotros una verdadera providencia.

Gilberta. —Sí, sí, desde lejano día en que nos tendió su mano vigorosa, en que nos alentó, en que despertó nuestras muertas energías, nuestro dormido orgullo, no nos ha vuelto á faltar el calor de su voluntad, y de su fé redentora. Cuando dudamos ahí está él para hacernos creer. Cuando desesperamos, ahí está él para infundirnos esperanza. Cuando la fatiga nos hace renegar del trabajo, ahí está él para enseñarnos á bendecirlo.

Angelita. —Sí, todo se lo debemos.

Luis. —Por él fuí yo á una escuela de artes y oficios.

Angelita. —Por él se instruyó Gilberta, por él aprendió taquigrafía y escritura en máquina, y ha logrado tener un sueldo que no habiamos ni soñado.

Juán. —¿Cuánto gana usted? (*A Gilberta*).

Gilberta. —Noventa pesos mensuales.

Lucía. —¿Y tú, Joselín?

José. —Yo trabajo en la maestranza, bajo la constante vigilancia de Fernando. En las noches voy á la escuela nocturna.

Lucía. —¿Y cuánto ganas?

José. —Dos pesos diarios.

Juán. —Tengo vivísimos deseos de conocer á Don Fernando.

Gilberta. —Vendrá luego.

Lucía. —Por supuesto, que él también habrá prosperado mucho.

Angelita. —Muchísimo.

Gilberta. —Y aun no está contento. Su ilusión es llegar á ser jefe de taller.

Juán. —Pues que lo logre.

José. —Lo logrará. ¡Ya lo creo que lo logrará! Se lo ha propuesto, y ya se sabe, lo que él se propone es cosa hecha.

Gilberta. —Tiene una voluntad de hierro, una fuerza de acción indomable. Va recto hacia su objeto sin cejar jamás.

Juán. —Carácter completo.

Gilberta. —Pues no ven lo que pasó conmigo Se propuso hacer de mí algo de provecho, y.... algo hizo. Otro se hubiera desalentado. Yo era tan torpe, tan débil de carácter. Bien me reí de sus primeras enseñanzas. El no desmayó nunca; es decir no desmaya, porque su tarea conmigo no está concluída.

José. —¿Y ustedes qué nos cuentan de su novela de amor? (*A Juán y á Lucía.*)

—Los rancheros no hacemos novelas, casi ni las conocemos.
—Pero esta Lucía que era tan romántica y tan ilustrada.
—Se casó con un agricultor que apenas sabe leer.
—Me casé con un hombre muy bueno y casi rico, que me quiere mucho; que me hace la vida fácil y bella; que me ha dado un hijo, ¡un hijo.!
ta. —¡Uh hijo! (*Con un acento indefinible de tristeza y de ternura.*)

ESCENA IV.

Los mismos, más Fernando.

tra por el fondo con un pequeño ramito de violetas en la mano, Viste con decencia sin perder su aspecto de obrero.)

ta. —Aquí está mi Fernando. (*Levantándose y yendo á encontrarlo.*)
ıdo.—Mi Gilberta. (*Saludando á Gilberta y dándole el ramito de violetas.*)
:a. —Fernando mío.
ıdo.—Muchos días de estos. (*Abrazando á Angelita.*]
ta. —Gracias. Tengo el gusto de presentarle á mi sobrina Lucía y á su esposo.
ıdo.—Mucho gusto en conocer á ustedes. (*Saludando á Lucía y á Juán.*) (*A Lucía.*) Gilberta la esperaba con verdadera ansiedad. (*A Juán.*) Pero siéntese usted. (*A Angelita.*) Le traeré luego su cuelga, aun no la concluyen.
ta. —Gracias, para qué se molestó usted.
ıdo.—¿Y mis buenos amigos qué dicen, han dado ya la sorpresa á su madre? (*Poniendo la mano sobre el hombro de Luis y otra sobre el de José.*)
—Sí.
—Ya se la dimos.
ta. —Sí. Fernando, ya me la dieron. Por cierto que ha sido la más grata sorpresa de mi vida.
do.—Si siguen por el camino que van, dentro de dos años podrán comprarle una casa.
ta. —¡Una casa.! ¡Una casa.! ¡¿Pero será eso posible?!
—¡¿Podrá ser?!
a. —¿¡Será posible!?
ıdo.—Todo es posible, cuando se trabaja con voluntad y con fe.
—¡Una casa.! ¡Una casa.! No lo creo. Nunca hemos de poder comprarla.
do.—¿Por qué nó? ¿No he podido comprar yo la mía?
—Usted gana seis pesos diarios.
do. —Usted podrá ganar eso y mucho más. ¿Hay acaso un límite para el hombre que quiere elevarse; que quiere salir de su condición; que

quiere ser de los primeros en las filas de los luchadores? ¿No hay innumerables ejemplos de hombres de la clase humilde que han hecho pequeñas y aun grandes fortunas con su propio esfuerzo? ¿No vemos á diario incontables extranjeros que vienen á nuestro país en la mayor miseria, y que sin más capital que su voluntad y sus brazos, amasan posición, fortuna, todo? ¿No hemos visto á un indígena, á Juárez, convertirse en Benemérito de las Américas? Luego la voluntad lo puede todo, tengamos voluntad y triunfaremos.

José. —Voluntad, voluntad, nada más, nó; se necesita que haya justicia? Yo trabajo tanto como usted, y sin embargo no gano lo que usted. (*A Fernando.*)

Gilberta. —¡Claro! porque no sabes hacer lo que él.

Fernando.—El remedio lo tiene usted en la mano. Aprenda, aprenda, mejórese constantemente. Según es la habilidad y los conocimientos del obrero, así son los sueldos. Eso es natural, eso es justo.

José. —Yo encuentro que estamos mal remunerados.

Luis. —Sí, trabajamos mucho y ganamos poco.

Fernando.—El remedio está en nuestras manos. Ilustrémonos, unámonos, seamos conscientes, no sólo de nuestros derechos, sino de nuestros deberes, y tendremos una fuerza formidable que oponer á la codicia de los poderosos.

Lucía. —Gilberta, tenías razón al hablarnos de Don Fernando como de un ser superior.

Juán. —Sí, sí, tenía usted razón.

Fernando.—No, yo no valgo nada. Soy un luchador, un obrero humilde. Lo poco que he adquirido moral y materialmente, lo he ganado, poco á poco, con mucho trabajo, dejando pedazos de carne y de alma en las espinas del camino.

Juán. —Eso es un elogio.

Angelita. —Es muy bueno.

Gilberta. —Perdona todos los errores humanos. Dice que el que cae y sabe levantarse, vale tanto como el que nunca ha caído. (*Se sientan Fernando, José y Luis.*)

Fernando.—Sucede que vengo de muy abajo; que desde niño, he tenido que luchar solo contra todos; que conozco la crueldad y el egoísmo de los hombres; que he palpado las dificultades del camino; que sé por experiencia las tentaciones y los desvanecimientos que acometen al pobre; y sé, por eso, tener compasión de los que caen. El rico, que solo ha conocido la parte dorada de la vida, se escandaliza del niño que roba, de la mujer que se prostituye, del hombre que mata. Pero los que somos del pueblo; los que hemos visto sus luchas ignoradas; los que hemos sentido sus profundas torturas y sus inmensas tristezas, no nos escandalizamos de nada. Vemos sin horror el abismo donde se revuelca el crimen y, en vez de pedir castigos, pedimos escuelas y,

en vez de pedir cadalsos, pedimos Luz. (*José y Luis se levantan.*)
—Nosotros, con el permiso de ustedes, vamos un rato al casino obrero.
ta. —Que no tarden.
—No, mamá, volvemos luego.
. —No nos despedimos, pues comeremos juntos. (*Salen.*)

ESCENA V.

Los mismos, menos José y Luis.

—Según eso, usted es de los que creen que el criminal es un enfermo de la voluntad á quien se debe curar.
do. —Sí, señor.
—Yo soy de los que no tienen fe en esas curaciones.
do. —No se puede saber la calidad de una tierra sin experimentarla. El mismo terreno que abandonado produce punzantes espinas y salvajes malezas; bajo la sabia mano del jardinero, produce espléndidas flores y riquísimos frutos.
—Dice bien Don Fernando. ¡Cuántos pantanos se volverían oasis, si fueran sabiamente cultivados.!
a. —¡Claro.! Pero al que cae, en vez de regenerarlo, se le empuja para que siga rodando. ¿Es esto justo?
—Me hace usted pensar.
a. —¿Por qué exigir que ame el bien al que no se le ha enseñado á amarlo? ¿Por qué querer que ame á la sociedad el que sólo ha recibido de élla crueldades y desprecios? Nó, Don Juán, no diga usted que todos los delincuentes son incorregibles; diga usted que no hay quien se ocupe de los que caen, que se les abandona, sin piedad, á su destino de abyección y de lágrimas.
a. —Escucha, Lucía, escucha, ya es Gilberta tan instruida como tú.
a. —Yo digo lo que he oído; lo que le he aprendido á Fernando.
—Buena discípula, Don Fernando; le hace honor.
—El sembrador recoge abundante cosecha.
a. —¡Pobre sembrador! ¡Dura fué su tarea! Se encontró con una tierra inculta, casi con un pantano.
do. —¡Por Dios, Gilberta!
a. —Sí, sí. ¡Ay de mí!, si en aquel lejano instante de mi vida, no encuentro tendida hacia mí tu mano benigna, tu mano piadosa. Cuando recuerdo lo que te debo, siento impulsos de ponerme ante tí de rodillas
do. —Me apenas.
a. —De rodillas sólo ante Dios.
a. —Mi Fernando es mi Dios.
do. —Gilberta mía.

Angelita. —No blasfemes, niña.

Gilberta. —¿No me has dicho que los sacerdotes representan á Dios en la tierra?

Angelita. —Sí, ¡por supuesto que lo representan!

Gilberta. —Pues Fernando ha sido para mí un verdadero sacerdote.

Angelita. —No digas disparates, muchacha, Fernando es muy bueno, pero no es sacerdote. ¿No ves que no está ordenado?

Gilberta. —Madre, para ser sacerdote no se necesita estar ordenado. El verdadero sacerdote es el que practica la verdadera religión; la Religión de Amor. El verdadero sacerdote es el que enjuga las lágrimas, el que comprende los dolores, el que ayuda al caído á levantarse, el que hace de su corazón un asilo para todos los desencantos; el que sin buscar la admiración ni el aplauso de nadie, sigue la vía luminosa que nos marcó Jesús. Ese es el sacerdote, ese es el apóstol. (*Con voz vibrante.*)

Angelita. —Nó, nó.

Lucía. —Dice bien.

Juán. —Dice muy bien.

Gilberta. —Pero el que dice la verdad y practica la mentira; el que predica la caridad y es despiado; el que predica la humildad y vive entre sedas; ese, aunque lo veais en un templo con las insignias sacerdotales, ese, no es el sacerdote, ese no es el apóstol. Predicar hermosas frases en la iglesia para contradecirlas en la calle, no es ser sacerdote; es engañar á los creyentes; es insultar á Dios: (*Con voz vibrante.*)

Juán. —(*A Fernando.*) En todas las palabras de Gilberta, se nota un cariño fervientísimo por usted. ¿Cuándo es la boda?

Fernando. —¡La boda! ¡Nuestra boda! (*Suspirando.*) Pregúnteselo usted á élla.

Angelita. —Sí, sí, pregúnteselo á élla.

Juán. —¿Cuándo es esa boda? (*A Gilberta.*)

Gilberta. —Pues....yo....no sé....(*Turbadísima.*)

Angelita —Adora á Fernando y no quiere casarse con él. ¿Han visto ustedes una extravagancia igual? No sé por qué aguanta este hombre. Otro ya habría prescindido de élla.

Fernando. —Aguanto por cariño. Yo no puedo prescindir de Gilberta; usted lo sabe. Ella es la llama en donde mi alma se calienta; el santuario donde he depositado mi fé y mi culto; la imágen que guardo en mi corazón como en un relicario. Prescindir de élla, sería para mí lo mismo que morir.

Angelita. —Ya ves, mal agradecida. (*A Gilberta*)

Gilberta. —Mamá.

Fernando. —Aguanto también por delicadeza. Me digo; élla es bonita, inteligente, fina; su cuna si no fué de blondas y de encajes, sí fué una cuna más elevada que la mía. Yo no desconozco, no niego, que soy

del pueblo. Me he educado, me he limado; pero, quizás, no llego aun hasta élla.

Gilberta. —Fernando, por Dios. (*Protestando.*)

Fernando. —Quizás, me encuentre aún burdo; vulgar.

Gilberta. —No hables así, por Dios (*Casi llorando.*)

Angelita. —Basta. Hablemos de otra cosa. Siempre que tocamos esta conversación, ya se sabe; élla llora, y él se enoja.

Lucía. —Me voy. (*Se levantan todos.*)

Angelita. —¡Cómo! si van á tomar la sopa con nosotros.

Lucía. —Dejé á mi hijito en el hotel.

Juán. —Si te parece iré á traerlo.

Gilberta. —Sí, vaya usted, déjeme á Lucía.

Juán. —Voy, no tardo.

Fernando. —Acompañaré á usted algunos pasos.

Gilberta. —¿Te vas?

Fernando. —Quiero ver si ya terminaron el regalo de tu mamá.

Lucía. —(*A Juán*) No vayas á sacar caliente al niño.

Juán. —No! por supuesto que nó!

Gilberta. —¿Estás enojado? (*A Fernando.*)

Fernando. —Enojado no; triste.

Gilberta. —Vuelve luego curaré tu tristeza.

Fernando. —Sí, vuelvo en seguida, necesito que me cures, necesito que me quites el peso que me ponen sobre el corazón tus negativas.

Juán. —Vámonos.

Fernando. —Hasta la vista.

Juán. —Hasta la vista. (*Salen.*)

ESCENA VI.

Gilberta, Lucía y Angelita.

Angelita. ¡Ay Lucía! qué muchachas las de ahora. No te puedes figurar lo que Gilberta hace sufrir á ese pobre de Fernando. Señor, si la cosa es muy fácil; que lo quiere pues que se case con él; que no lo quiere, pues que lo desengañe, y ¡se acabó! pero que no lo esté torturando. ¿No te parece, Lucía?

Lucía. —Sí.

Angelita. —Pues convéncela, dile que,

Lucía. —Sí, ya hablaremos.

Angelita —Voy á darle un vistazo á la comida.

Lucía. —Por nosotros no se moleste, tía.

Angelita. —(*Con orgullo*) Si no me molesto, si tenemos criada (*Sale.*)

ESCENA VII.

Gilberta y Lucía.

Gilberta. —¿Te vas dando cuenta de mi tortura?
Lucía. —Sí.
Gilberta. —¿Te vas dando cuenta de mi íntimo suplicio?
Lucía. —Sí.
Gilberta. —Pues, entonces, ya sabes por qué te llamé con tanta urgencia.
Lucía. —¿Me necesitas?
Gilberta. —Sí. Necesito de tu inteligencia, de la fortaleza que de tí dimana.
Lucía. —¿Qué pasa?
Gilberta. —¿No lo has comprendido?
Lucía. —Exactamente, no ¿Qué es lo qué pasa?
Gilberta. —No sé como contártelo, ¡me apena tánto, tánto! Muchas veces quise decírte algo en mis cartas y nunca tuve valor.
Lucía. —¿De qué se trata?
Gilberta. —¡Ay! no sé cómo decírtelo. ¡Me apena mucho mucho.!
Lucía. —Yo te iré preguntando y tú me irás contestando. Así es más fácil
Gilberta. —Bueno
Lucía. —Díme. Aquella....historia...., la de Don Carlos...., ya sabes, ¿no tuvo....consecuencias....inmediatas....?
Gilberta. —Nó. (*Muy apenada*)
Lucía. —¿Volviste á tener citas con él?
Gilberta. —Nó.
Lucía —¿De veras?
Gilberta. —De veras. Te lo juro. No lo volví á ver. Supe que se había ido para Europa.
Lucía. —¿Cómo y cuándo confesaste á Fernando lo que había pasado?
Gilberta. —Pues....pues....es que... ¡Ay. Lucía.! Es que....es que.... nada le he confesado (*Roja de vergüenza.*)
Lucía. ¡Qué! ¿qué dices? Luego ¿lo estás engañando?
Gilberta —Sí. (*Bajando la cabeza.*)
Lucía. —¡Válgame Dios ! (*Pausa.*) Muy bien, muy bien Así se pagan siete años de cariño, de beneficios. Tu conducta es repugnante, horrible.
Gilberta. —No me juzgues con tanta dureza. He sido cogida en un engranage. del que no sé cómo salir. Sin darme cuenta, llegué á amar á mi Fernando. Cuando quise retroceder ya era tarde Yo no sé cómo fué Nunca creí que llegaría á quererlo; lo encontraba vulgar, tosco, junto á la imagen que tenía del otro. Mi pobre alma dañada, se debatió mucho tiempo entre la sombra que me había mostrado Carlos y la luz que me mostraba Fernando. Sin darme cuenta se fué

posesionando de mi ser. Cuando empecé á sentir que lo quería, creí que era gratitud al maestro, al protector. Lo veía llegar con la alegría con que se ve salir el sol; escuchaba sus enseñanzas como divinos mandatos; y me iluminaba en sus pensamientos como en una luz del cielo. Así, ebria, fascinada, feliz, seguía adelante. con la inconsciencia indecisa de un ensueño. Cuando quise retroceder ya era tarde. En el fondo de mi gratitud, en las raíces de mi culto, había un amor inmenso; hecho de todo lo bueno que dormía en mí, y que él despertó. Lo demás ya lo comprendes. Una lucha de todos los días, de todas las horas, por confesarle la verdad.

Lucía. —¡Pobre Gilberta,! perdona mis palabras de hace un momento.

Gilberta. —Nó. si tienes razón, si soy una miserable al engañar al mejor de los hombres pero. ¿qué quieres que haga,? si no tengo valor para decirle que soy una vil criatura, manchada de fango, perdida irremisiblemente para él. Por eso te he llamado, por que necesito que me ayudes, que me aconsejes.

Lucía. —No tienes más que un camino: decir la verdad.

Gilberta. —Sí, sí, lo comprendo, pero no puedo. Ya he medido mis fuerzas y no puedo.

Lucía. —¿Lo has intentado?

Gilberta. —Muchísimas veces. Pero no he tenido valor.

Lucía. —Sin embargo, es preciso.

Gilberta. —¡Ay, Lucía! ¡por qué caí! ¡Daría mil veces mi vida por arrancarme ese recuerdo y esa mancha! ¡Daría mil veces mi vida por poder ofrendarme pura á mi Fernando! Vivo en un suplicio, en una continua tortura. Mi alma oscila en un péndulo fatal; la confesión ó el engaño, y no tiene valor para detenerse en ninguno. La idea de casarme, de formar un hogar, de tener mi marido, de ser madre, es en mí una obseción. un anhelo infinito. Ya verás: una noche por una ventana entre-abierta, ví á un joven matrimonio, meciendo embelesado una cuna, en donde, chupándose un dedito sonreía un niño. No sé lo que me pasó pero, ahí, en la ventana, frente á aquel paraíso. me puse á llorar amargamente.

Lucía. —¡Pobre Gilberta! Yo no sé por qué fatalidad caíste, tú eres buena.

Gilberta. —Y ahora, ¿qué hacer? Amo á Fernando sobre todas las cosas de la tierra. La idea de casarme con él sin confesarle la verdad. me causa un horror invencible. La idea de perderlo, me enloquece.

Lucía. —¡Pobre Gilberta!

Gilberta. —Esta situación no puede continuar así. Es preciso que me obligues á resolverla.

Lucía. ¡Qué tarde, qué tarde me has llamado!

Gilberta. – Sí, sí, quizás demasiado tarde. Esta situación se hace cada día más difícil.

Lucia. —Naturalmente.

Gilberta. —Cuando Fernando tenía un mediano sueldo, esperaba con paciencia. Ahora que su situación ha mejorado empieza á insistir con calor. Cuando él no podía casarse, no les daba importancia á mis negativas; pero ahora que ya puede hacerlo lo entristecen, lo violentan; por más que él lo disimule por bondad.

Lucía. —Es natural.

Gilberta. —Además, hay algo muy grave, muy urgente; lo que ha hecho esta situación insostenible, lo que me hizo llamarte.

Lucía. —¿De qué se trata?

Gilberta. —De don Carlos

Lucía. —¡¿De don Carlos?! ¡¿De don Carlos?! ¿No dices que se fué para Europa y que no volviste á verlo?

Gilberta. —Sí, sí, se fué. Pero es el caso....que....ha vuelto.

Lucía. —¿Ha vuelto?

Gilberta. —Sí.

Lucía. —¿Y?

Gilberta. —Pues....ya verás....hace poco más ó menos, quince días, que iba yo muy de prisa á mi trabajo, cuando sentí que alguien se me aproximaba mucho por detrás y murmuraba palabras ininteligibles á mi oído. Voltié maquinalmente y....¡era Don Carlos! No puedo explicarte lo que sentí. El corazón me dió un vuelco tan fuerte que creí que me moría. Las rodillas se me doblaron....me iba á caer.. ..Sin saber lo que hacía....confusa.. aturdida....alarmadísima ....apreté el paso, y, ahogándome, entré en mi despacho Desde aquel día me busca, me persigue tenazmente. Me ha enviado dos cartas pidiéndome una entre-vista; y vivo con un sobresalto atroz de que Fernando acabe por enterarse.

Lucía. —Ante todo, dime una cosa. ¿Quiéres todavía á Don Carlos?

Gilberta. —¡Ay! no, no.

Lucía. —¿Estás segura?

Gilberta. —Segurísima.

Lucía. —¿Qué impresión te causa?

Gilberta. —Vergüenza y un temor casi loco. No hago más que verlo y me pongo roja, roja, y me viene un temblor menudito, menudito, que me corre por todos los nervios que me sacude de pies á cabeza.

Lucía. —Hay que obrar, hay que obrar rápidamente. Si Fernando sabe por tí la verdad, podría perdonarte; si la sabe por Don Carlos ó por otra persona, no te perdonará núnca.

Gilberta. —Sí, sí, lo comprendo.

Lucía. —Hay que obrar rápidamente.

Gilberta. —Sí, sí, mañana aunque me cueste la vida, le digo la verdad.

Lucía. —Mañana. ¿Y para que esperar á mañana? Hoy mismo,

Gilberta. —¡Hoy mismo! (*Con pánico.*)

Lucía. —Sí, hoy mismo Basta de debilidades. A dominarte y á cumplir con tu deber.

Gilberta. —¡Dios mío, Dios mío!

Lucía. —Si tú no te resuelves, salgo yo y se lo digo todo.

Gilberta. —No, no, no te autorizo para eso. Tú no le dirás nada sin mi consentimiento; sería muy mal hecho de tu parte.

Lucía. —Cobarde, cobarde.

Gilberta. —Cállate, ya llega.

ESCENA VIII.

Las mismas, más Fernando; este úlimo entra por el fondo, trae en la mano una caja de medianas dimensiones, envuelta en papel de china y atada con listones.

Fernando. —Ya estoy de vuelta. ¿Y Angelita?

Gilberta. —Está adentro. ¿Quiéres que la llame?

Fernando. —Nó. Yo voy á llevarle su regalito. (*Sale por la puerta lateral.*)

ESCENA IX.

Gilberta y Lucía.

Lucía. —Te dejo sola. Dentro de un momento va á volver Fernando. Ya sabes cual es tu deber. Es preciso que hoy mismo le confieses la verdad.

Gilberta. —Sí, sí. Todo es preferible á esta continua tortura, á este continuo sobresalto.

Lucía. —Te dejo sola.

Gilberta. —Sí.

Lucía. —Valor.

Gilberta. —Procuraré tenerlo. (*Sale Lucía.*)

ESCENA X.

Gilberta, después Fernando.

(Gilberta se sienta en el sofá, en una actitud de profundo abatimiento. Trata de acordinar lo que va á decir. Voltea inquieta cada momento hacia la puerta por donde debe entrar Fernando. Entra Fernando por la puerta lateral y se acerca léntamente á Gilberta que se estremece.)

Fernando. —¿Qué tienes? ¡Venía á que me consolaras y eres tú quien necesita consuelo! ¿Qué te pasa?

Gilberta. —Estoy triste.

Fernando. —¿Por qué?

Gilberta. —No sé.
Fernando. —¿Te disgustaron mis palabras de hace un rato?
Gilberta. —Fuiste injusto.
Fernando. —Es que ese capricho tuyo, inexplicable, de no querer que nos casemos, me pone como loco. Es que estas melancolías que te acometen sin motivo y que no sé como disipar, ni á que atribuir, me afligen mucho.
Gilberta. —Es.....es que.....es mi carácter; ya lo sabes.
Fernando. —Domínate, nenita, me haces sufrir cruelmente.
Gilberta. —No puedo.
Fernando. —Si supieras.
Gilberta. —¿Qué?
Fernando. —Cuando te pones así me voy muy triste. Mi vida me parece muy fría y muy sola. Veo el porvenir muy obscuro, y yo tan valeroso, tiemblo; y yo tan creyente, dudo. En cambio. cuando te dejo contenta; cuando tu actitud me hace esperar que serás mía me voy lleno de esperanzas y de sueños. Entro á mi pobre cuarto y me parece que está lleno de luz de cielo. y de calor de nido. Río y canto y hablo solo y me echo á soñar, y. poco á poco el cuarto se va ensanchando y se convierte en una casita blanca muy alegre. con sus ventanas verdes, con su jardín pequeñito, pequeñito, pero lleno de rosas frescas y de jazmines perfumados. Y te veo ir y venir por la casita. con las trenzas tendidas sobre la espalda, con un delantal muy blanco, con las mangas recojidas hasta los codos. Te veo ir y venir muy atareada, cumpliendo alegremente tus deberes de esposa. ¿Pero qué te pasa? ¡tienes los ojos llenos de lágrimas!
¿No te agradó mi sueño?
Gilberta. —Sí, pero me temo que sólo sea un sueño. (***Profundamente triste.***)
Fernando. —¿Y por qué ha de ser sólo un sueño? Será una realidad cuando tú quieras. Nuestra vía está trazada. Es bella y límpida como el cristal. Vas á ver; uno de tantos días te resuelves á casarte conmigo y la boda se verifica. Nuestros cuerpos se funden como se han fundido nuestras almas y formamos un hogar, un hogar que sea como un santuario de trabajo, de paz, de cariño. Poco á poco, el hogar se irá llenando de niños rollizos y juguetones. Y mirando cómo se van inflando sus carnes, cómo se van desarrollando sus miembros, cómo se van obscureciendo sus cabecitas; no notaremos cómo se van enjutando, nuestras carnes, cómo se van encojiendo nuestros miembros, cómo se van blanqueando nuestras cabezas. Nuestro amor, divinizado por los dolores de la vida sufridos en común, será cada vez más fuerte, cada día más santo. Tu acariciarás mis cabellos blancos con el mismo cariño con que ahora acaricias mis cabellos negros; y yo besaré tus manos enflaquecidas y rugosas con la misma devoción con que ahora beso tus manos mórbidas y tersas. Des-

pués, los dos, ya muy viejecitos, encorvados y débiles, iremos juntos, apoyándonos el uno en el otro, á tomar sol en el florido jardincito del hogar; y mientras nuestros miembros reciban la tibia caricia, nuestros ojos se posarán extasiados en un grupo de nietecitos que gorgearán á nuestro alrededor. ¡Qué! ¡Otra vez los ojos llenos de lágrimas! ¡¿Qué es esto?! ¿Qué te pasa?

Gilberta. —Nada.

Fernando. —¡Cómo nada! si por la claridad de tu frente veo pasar una sombra muy obscura.

Gilberta. —No, pues, no es nada.

Fernando. —Oh, mi Gilberta, mi adoración, ¿qué tienes?

Gilberta. —Nada.

Fernando. —Sí, tú me ocultas algo; tú tienes una pena, un dolor.

Gilberta. —No, no.

Fernando. —Pero entonces, ¿por qué estos cambios, por qué estas tristezas inmotivadas?

Gilberta. —Si no tengo cambios ni tristezas, son preocupaciones tuyas.

Fernando. —No. Algunas veces, tu frente tiene tanta claridad que, al verla, me parece que me asomo á uno de esos manantiales de aguas diáfanas que muestran, al espectador asombrado, su fondo entero con todo el prodigio de su flora. Otras veces, tu frente se pone tan sombría que me hace el efecto de un océano de tintes negros en el que la vista se detiene sobrecogida presintiendo, á través de su manto movible, un abismo formidable.

Gilberta. —Mi Fernando, tú me has dicho que toda alma es semejante á un océano; que es como él inmensa, y como él insondeable. El mismo océano que un día canta, al día siguiente ruge; ya refleja un cielo límpido y tranquilo, ya uno obscuro y tenebroso. A veces el mar ríe, agitando irizadas olitas de plata oro y rosa; á veces brama, destrozando contra la playa, negras montañas coronadas de espuma. Mi alma tiene, como todas las almas, negruras de abismo y claridades de cielo. Siempre has visto en mí estos cambios ¿por qué ahora te afligen tanto?

Fernando. —Porque, de algunos días á esta parte, se han vuelto más seguidos y más marcados que antes; por que veo la inutilidad de mis esfuerzos por hacerte feliz; porque lucho en vano, con un fantasma desconocido, porque, á pesar de mi amor inmenso, no he llegado á poseer tu ser entero; porque tan presto te veo venir á mí con los ojos llenos de promesas, como te veo huir de mí con los ojos llenos de lágrimas.

Gilberta. —Sí....no....son preocupaciones tuyas....mi Fernando.

Fernando. —No. Hay un pensamiento, en el fondo de tu cerebro, que yo no alcanzo á leer; hay un enigma, en el fondo de tu ser, que no sé descifrar; un dolor que no he sabido curar.

Gilberta. —No digas eso, amor mío.

Fernando. —Pero si lo veo, si lo siento.

Gilberta. —Bueno.....pues....sí.....tengo un.....una.....¡cómo decirlo! una....sí, una pena.

Fernando. —¡Tienes una pena! ¡Y no me lo cuentas! (*En tono de cariñoso reproche.*)

Gilberta. —No sé porque....me cuesta tanto trabajo decir....decirte....mi secreto.

Fernando. —¡Un secreto!

Gilberta. —Bueno....una cosa... ....que pasó....hace muchos años....

Fernando. —¡¿Qué por Dios!?

Gilberta. —Un hecho....del que nunca ...he osado darte parte,....por.... porque, he temido hacerte....daño.

Fernando. —Concluye, por Dios, que me oprime el corazón horrible angustia.

Gilberta. —Ya ves, yo quería callar....

Fernando. —Habla.

Gilberta. —¿No me harás reproches?

Fernando. —No, no, habla, por Dios.

Gilberta. —Bueno....pues....yo te he ocultado....

Fernando. —¿Qué, qué cosa?

Gilberta. —Que, antes de conocerte, fíjate bien, antes de conocerte tuve...

Fernando. —¿¡Qué!? ¿¡Qué!? (*Anhelante.*)

Gilberta. —Un....un....un novio. (*Sufre, se tortura, sin lograr decir la verdad.*)

Fernando. —¿Lo quisiste? ¿lo quisiste? respóndeme.

Gilberta. —Pues....yo....

Fernando. —Pronto, por Dios.

Gilberta. —Creí quererlo, cuando no sabía lo que cariño era. Ahora que lo sé, comprendo que no lo quise.

Fernando. —Si no tuvo importancia para tí ese cariño, ¿por qué me lo has ocultado?

Gilberta. —Te lo oculté, al principio, por eso, porque no tenía importancia; después....como tú estabas tan engreído con la creencia de que habías sido para mí el primero, el único, no me atreví....no tuve valor....de quitarte esa ilusión.

Fernando. - ¡Qué buena eres!

Gilberta. —El secreto....la mentira....me pesaba, me hacía sufrir mucho.

Fernando. —¡Pobre, nena!

Gilberta. —Quiero....debo decirte como fué....de quien se trata.

Fernando. —Me lo supongo. Dices que fué antes de conocerme. Luego eras muy jovencita, casi una niña; debe pues tratarse de un entretenimiento, de un amor inocente con un mocito de tu edad.

Gilberta. —Debo decirte que....

Fernando. —(*Besando las manos de Gilberta.*) No, no me digas nada, ¡pobrecita,! ¡pobrecita mía! Yo te absuelvo de ese juego de niños.

ESCENA XI.

Los mismos, más Julia.

Julia. —(*Entrando por el fondo y avanzando con un magnífico ramo de camelias en la mano.*) Mire qué ramo tan lindo le mandan.

Gilberta. —(*Levantándose alarmadísima.*) Déjalo adentro. Llévalo al comedor.

Fernando. —¡Es un bouquet de camelias.! (*Asombrado.*)

Gilberta. —Debe ser para mamá, que se lo lleven.

Julia. —No, es para usted.

Fernando. —Aquí trae una tarjeta. (*Tomando una tarjeta que viene sobre el ramo.*) Sí, es para tí. (*Leyendo el sobre.*)

Gilberta. —(*Acongojadísima.*) Será de alguna amiga. Que lo lleven á mi cuarto....que no nos interrumpan....

Fernando. —¿Me permites que vea de quién es la tarjeta?

Gilberta. —Sí....porque no.... (*A Julia.*) Deja ahí eso y vete. (*Julia pone el ramo sobre la mesa y sale.*) (*Fernando va á sacar la tarjeta, Gilberta lo contiene con un grito de angustia.*) No, no,

Fernando. —¡¿No?! ¿¡Por qué!? (*Estupefacto.*)

Gilberta. —Lee pues.

ESCENA XII.

Gilberta y Fernando.

Fernando. —(*Saca la tarjeta del sobre que debe venir abierto y lee.*) Carlos Montero á su gentil Gilberta.

Gilberta. —¡Dios mío! (*Angustiadísima.*)

Fernando. —¡¡Qué!! ¡¡Qué es esto!. ¡¡¿Hay otro hombre en el mundo que te llama suya!!? (*El acento y la actitud quedan encomendadas al talento del actor.*)

Gilberta. —No sé....no comprendo....

Fernando. —¿Quién es ese hombre? ¿Por qué te llama suya? ¿Por qué te llama suya? (*Desesperado.*)

Gilberta. —¡Dios mío, Dios mío! (*Con mortal agonía.*)

Fernando. —Responde ¿Quién es ese hombre? ¿Por qué te manda esas flore ? ¿Por qué te llama suya? (*Fuera de sí.*)

Gilberta. —Yo....no....sé....

Fernando. —Tienes que saberlo, debes saberlo.

Gilberta. —No....no sé.

Fernando. —Gilberta, no me engañes, no mientas; hay mentiras que pueden costar la vida. (*Gilberta se deja caer en un sillón y se cubre el rostro con las manos.*) Necesito una explicación clara, inmediata, precisa.

Gilberta. —Sí, sí voy á dártela.

Fernando. —Habla, habla.

TELON RAPIDO

Acto III.

ESCENA I.

Angelita, Lucía, un bebé dormido en un cochecito blanco, cubierto de velos níveos. Al levantarse el telón, Lucía mueve el cochecito como para arrullar al niño, en el transcurso de la escena demuestra por él una constante y amorosa vigilancia.

Angelita. —¿Por qué no habías vuelto?

Lucía. —Mi niño estuvo malito. Le están brotando los dientes.

Angelita. —¿Está mejor?

Lucía. —Sí, ya le brotó su primer dientecito. Cuando despierte se lo verá; es la cosa más mona. (*Pausa.*) ¿Tardará mucho Gilberta?

Angelita. —No. Los sábados sale un poco más tempiano de su trabajo. Probable es que ya venga por ahí. Déjeme ver. (*Se asoma á la ventana.*) ¡Jesús, María y José!

Lucía. —¿Qué le pasa?

Angelita. —Que ya anda rondando la calle ese señorón de mis pecados.

Lucía. —¿Don Carlos Montero?

Angelita. —Sí, el mismo. Míralo allá está en la esquina. (*Lucía se acerca á la ventana.*) Díme Lucía ¿tú supiste algo de esas relaciones?

Lucía. —Sí, supe algo.

Angelita. —Yo, si no ha sido por el disgusto de Gilberta y Fernando, todavía estoy en ayunas. (*Pausa.*) Me dan unas ganas de decirle á ese señor que no ande molestando á mi hija.

Lucía. —Sería impropio é inutil. Seguro es que él no haría caso de lo que usted le dijera.

Angelita. —¿Cres tú que Gilberta le dé esperanzas, ó autorice de algún modo sus pretensiones?

Lucía. —Ella, me ha asegurado que ya no lo quiere.

Angelita. —Sí, eso dice, pero está muy triste, muy nerviosa; ¿por qué pues?

Lucía. —¿Y Fernando se ha dado cuenta de que Don Carlos sigue cortejando á Gilberta?

Angelita. —No, todavía no se da cuenta, pero ya se la dará, y entonces sí que va á ser el acabóse. Fernando es muy celoso. Ya viste como se puso cuando el episodio del ramo. Ya viste con qué trabajo logró Gilberta convencerlo de que no tenía ninguna culpa, de que se trataba de un antiguo novio que la había vuelto á ver, después de

una larguísima ausencia, y que creyéndola libre le había enviado las flores.

Lucía. —Me llama la atención que Don Carlos siga insistiendo. ¿Qué no hizo Gilberta lo que se proyectó?

Angelita. —¡Ya lo creo que lo hizo! En presencia de Fernando, le mandó devolver el ramo con una carta en que le decía que no se ocupara de élla, que no lo quería.

Lucía. ¿Leyó Fernando la carta?

Angelita. —Sí, por supuesto. El mismo la mandó. Sólo así logramos conformarlo.

ESCENA II.

Las mismas, más Gilberta, esta última entra por el fondo demostrando gran inquietud. Viste con decencia; lleva chalecillo negro de seda. Lleva un periódico en la mano.

Gilberta. —¡Ay, Lucía! ¡Ay, mamá!

Lucía. —¿Qué tienes?

Angelita. —¿Qué te pasa?

Gilberta. —Qué ese señor.. . Don Carlos.... Estaba en la esquina. Me quiso detener. ¡Dios mío! Yo no sé cómo va á terminar esto. Me voy á volver loca.

Angelita. —Será preciso que Fernando le hable.

Gilberta. —No, no eso no. No vayas á proponérselo ¡Cuidado! Eh ¡cuidado! (*Con pánico.*)

Angelita. —Bueno. Tu sabrás lo que haces. Para mí que todavía quieres á ese señor.

Gilberta. —Te equivocas, mamá, te equivocas. (*Se quita el chal y lo echa sobre una silla.*)

Angelita. —Ojalá

Gilberta. —Toma, lee ese periódico. Te vas á impresionar mucho. (*A Angelita dándole el periódico.*)

Angelita. —¿Qué dice?

Gilberta. —Que Antonio está en capilla. Mañana lo fusilan.

Angelita. —No me lo digas. ¡Pobre hombre!

Gilberta. —Deja en la mayor miseria á su mujer y á sus hijitos.

Angelita. —Dame el periódico. (*Gilberta le da el periodico.*) Me voy adentro á leerlo. (*Sale.*)

ESCENA III.

Gilberta y Lucía.

Gilberta. —¡Ay Lucía,! siento que me voy á volver loca. Carlos continúa persiguiéndome con más tenacidad que antes. ¡Cómo vá á concluir esto! ¡Qué voy á ser! Mi situación es insostenible, insostenible, insostenible.

Lucía. —Sí, sí, pobre Gilberta.

Gilberta. —Desde hace seis días, desde el episodio del ramo, no como, ni duermo, ni vivo. El menor ruido me estremece. A la palabra más sencilla de Fernando le encuentro doble sentido. Un continuo sobresalto me tortura. Siento como si hubiera suspendida sobre mí una enorme montaña sujeta por una cuerda delgadita, delgadita; y, á cada instante, pienso que la cuerda se rompe, y que la montaña cae y me aplasta.

Lucía. —¡Pobre Gilberta!

Gilberta. —Las citas con mi Fernando; que antes eran mi más dulce encanto, son ahora mi mayor tortura. Lo espero con una inquietud indescriptible. Si tarda, pienso, con una angustia de agonía, que ya lo sabe todo y que no vendrá más.

Lucía. —Esto no puede continuar así. Es preciso que te resuelvas á decirle la verdad.

Gilberta. —No puedo. Cada día es más difícil.

Lucía. —¿Para qué me llamaste? si no habías de seguir mi consejo.

Gilberta. —Sí lo voy á seguir, sí, por supuesto; pero espera, espera un poco.

Lucía. —¡Oh.! (*Pausa*) Y, Don Carlos, ¿no te ha contestado?

Gilberta. —¡Ay! no por Dios. Por qué me había de contestar, si mi carta no tenía contestación.

Lucía. —Como no se le ocurra buscar á Fernando y decirle la verdad.

Gilberta. —¡Ay! cállate, cállate; que ese pensamiento me vuelve loca. ¡Si supieras las noches que paso! Los pocos instantes que cierro los ojos, es para tener horribles pesadillas. Anoche veía en sueños, con una claridad aterradora, que mi Fernando se iba, se iba para siempre, para siempre. Cuando desperté, mi almohada estaba empapada de lágrimas.

Lucía. —Cálmate, cálmate. Mira, ya despertó mi bebé. (*Acariciando al niño.*) Bebito, bebito, hijo mío. (*Besándolo.*)

Gilberta. —¡Tu hijo! ¡Si supieras que daño me hace esa palabra!

Lucía. —¿Por qué?

Gilberta. —A mí me está vedada esa suprema elegría. ¡Un hijo! ¡Un hijo! Qué significación tan dura para la infeliz, á quien como á mí, le está vedado el matrimonio. Para tí el amor tranquilo, el hogar sagrado, el canto de los niños, sus gorgeos y sus risas. Para mí, el amor sin objeto, el porvenir sin ilusiones, la vida llena de sobresaltos y de remordimientos.

Lucía. —Mira, mira como se sonríe mi nenito. ¿Ya sabes que le brotó su primer dientecito? Mira, qué perla tan divina. (*Mostrándoselo.*)

Gilberta. —¡Qué lindo es! (*Saca al niño del cochecito.*) A ver si no llora, ¡Pero qué mono, qué mono está! (*Besándolo.*) ¡Ay! si Dios me hiciera un milagro; si llegara á casarme con mi Fernando; si llegara

á tener un niño como éste; me volvería loca, loca, loca. (*Besando al niño.*) Se sonrie conmigo. (*Embelesada*.)

Lucía. —Parece mentira que exista el infanticidio, ¿verdad?

Gilberta. —Me siento fiera, cuando sé de una madre que ha matado á su hijo. ¿Pero eso es posible? ¡Una madre que mata á su hijo! Esa idea no cabe en el pensamiento. ¡Matar á un hijo! ¡Ahogarlo con las manos que debían acariciarlo! ¡Arrojarlo al fango con las manos que debían protegerlo! ¡Oh,! siento un horror invencible ante tal crimen.

Lucía. —Y qué disculpa la que dan esas desgraciadas; la deshonra. ¡Llaman deshonra á la maternidad! La maternidad no aumenta la falta; la lava. La mujer que es buena madre es digna de respeto, aunque haya sido una pecadora. La maternidad, cuando se desempeña como debe desempeñarse, ennoblece, santifica, diviniza á la mujer. ¡Qué necia, la que matando ó abandonando á su hijo, cree huir del deshonor! Del deshonor no se huye cometiendo un nuevo delito. Del deshonor se huye regenerándose por el trabajo y por la ilustración. (*Con voz vibrante.*)

Gilberta. —(*Durante el tiempo en que habla Lucía no ha cesado de acariciar al niño, y contemplarlo embelesada.*) Mira, Lucía, mira á tu bebé, ya se le van cerrando los ojitos

Lucía. —¡Pobre amor mío! todavía tiene sueño.

Gilberta. —Ya se durmió. Perezoso, divino perezoso. (*Besando delicadamente al niño.*)

Lucía. —Déjame acostarlo.

Gilberta. Yo, yo lo acuesto (*Con cariñosas precauciones acuesta al niño en el cochecito y se queda contemplándolo embelesada.*) No sé lo que me pasa ante un niño dormido. Siento una sensación indefinible. No podría decirte si es devoción como la que se siente ante una cosa santa; si es estupor como el que se siente ante un misterio; si alegría como la que se siente ante una aurora. Es una mezcla de dolor, de enternecimiento, de inefable ternura. Es un presentimiento de una suprema angustia y de una dicha suprema. Es algo infinitamente casto que surge de las raíces de mi ser. Es algo infinitamente bello que se abre en mi alma como una flor divina. Es algo infinitamente tierno que ahoga mi garganta, que nubla mis ojos y se disuelve en lágrimas.

Lucía. —¡Oh, Gilberta,! alma sana, alma buena. Carlos maculó tu cuerpo pero dejó intacta tu alma.

Gilberta. —Carlos. Ese nombre despierta en mí honda inquietud. ¿Qué hora es?

Lucía. —(*Después de ver su reloj.*) La cinco y media.

Gilberta. —No tarda mi Fernando.

Lucía. —Me voy entonces, (*Levantándose.*)

Gilberta. —¿Por qué?
Lucía. —No quiero encontrarme con él. Es para mí un bochorno y un remordimiento saber lo que sé y no decírselo. Yo no nací para encubridora de cosas torcidas y mal hechas. Además, soy muy arrebatada, podría suceder que llegara un momento que no pudiera contenerme y....
Gilberta. —¡Ah! ¡Qué idea! Dime y....si....yo....
Lucía. —¿Qué?
Gilberta. --Si yo pudiera resolverme á ...
Lucia. —¿A qué? Acaba.
Gilberta. —A que tú de parte mía, dijeras á Fernando la verdad.
Lucía. —Excelente idea. Muy bien.
Gilberta. —Bueno. A ver para qué día lo arreglamos.
Lucía. —¿Dices qué no tarda Fernando?
Gilberta. —Sí, no tarda.
Lucía. —Pues entonces lo arreglaremos para hoy.
Gilberta. —¿Para hoy? (*Con pánico*)
Lucía. —Sí, para hoy mismo.
Gilberta. —¡Hoy mismo! Nó, nó. (*Con angustia*)
Lucía. —¡Cómo que nó! ¿No comprendes qué es urgentísimo?
Gilberta. —Me siento morir.
Lucía. —Vamos un momento de resolución, de carácter.
Gilberta. —Bueno. Está bien. (*Con penoso esfuerzo*)
Lucía. —Gracias á Dios que te resuelves.
Gilberta. —Te suplico que le hables, poco á poco, buscando el modo que menos daño le cause.
Lucía. —Sí, sí, no tengas cuidado.
Gilberta. —Yo espero que tendrás palabras de disculpa para mí.
Lucía. —Naturalmente.
Gilberta. —Le dirás las circunstancias que mediaron.
Lucía. —Sí, sí, por supuesto.
Gilberta. —Oyes, yo quisiera que no hablaras aquí con Fernando. Sería más angustiosa mi agonía.
Lucía. —Está bien, le hablaré en otra parte. Tengo ya tu autorización y eso me basta. Me voy, No vaya á suceder que te arrepientas.
Gilberta. —Nó, no temas, estoy decidida.
Lucía. —(*Se dirige hacia la puerta del fondo empujando el cochecito*) Despídeme de Angelita.
Gilberta. —Espera, voy á hablarle. (*Se asoma á la puerta lateral*) Mamá, ya se vá Lucía.

ESCENA IV.

Las mismas, más Angelita.

Angelita. —Voy enseguida. (*Desde adentro*)

Gilberta. —*A media voz, á Lucía*) Si ves que mi Fernando sufre, que padece mucho, retardas la confesión.

Lucía. —Eso, eso, es lo que ha sellado tus labios; el temor de hacerlo sufrir.

Angelita. —(*Entrando por la puerta lateral*) ¿Por qué te vas tan temprano?

Lucía. —La tarde está fría para mi nenito.

Angelita. —¿Cuándo vuelves?

Lucía. —Mañana, mañana sin falta. Adiós. (*Dándole la mano á Angelita.*) Hasta mañana. (*Besando á Gilberta.*)

Gilberta. —Adiós. No dejes de venir mañana mismo.

Lucía. —Sí. sí, vendré. Adiós (*Sale Lucía.*)

ESCENA V.

Angelita y Gilberta.

Angelita. —¿Qué dice Lucía? ¿Qué será bueno hacer para que te deje en paz ese señorón de mis pecados?

Gilberta. —No hemos resuelto aún nada. (*Se sienta.*)

Angelita. —¿Y andará por ahí todavía?

Gilberta. —No sé.

Angelita. —Déjame ver. (*Se asoma á la ventana.*) No, ya se fué

Gilberta. —Bendito sea Dios.

Angelita. —El que viene por ahí es Fernando.

Gilberta. —¿Fernando ya?

Angelita. —Se encuentra con Lucía. Se detiene á hablar con élla.

Gilberta. —¡Dios mío! ¿Qué dices? ¿se detiene á hablar con Lucía? (*Levantándose anhelante.*)

Angelita. —Sí. ven á ver.

Gilberta. —(*Desesperada.*) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Angelita. —¿Qué te pasa?

Gilberta. —¿Hablan aún? (*Con voz trémula.*)

Angelita. —Nó, se despiden.

Gilberta. —¡Ay! creía que me moría.

Angelita. —¿Qué tienes niña. qué tienes?

Gilberta. —Estoy muy nerviosa.

Angelita. —¿Qué le pasará á Fernando? viene casi corriendo.

Gilberta. —¿Qué dices?

Angelita. —Ven, ven á verlo.

Gilberta. —(*Asomándose á la ventana.*) Sí, sí, parece muy agitado.

Angelita. —Algo le ocurre.
Gilberta. —¿Qué será, qué será? ¿Le habrá dicho algo Lucía? (*Alarmadísima.*)
Angelita. —No, si no tuvo tiempo más que de saludarlo. Mira, mira, algo le pasa.
Gilberta. —¿Qué habrá sucedido? ¿Qné le habrán dicho? ¡Me siento morir! (*Se retira de la ventana y se sienta en el diván profundamente angustiada.*)
Angelita. —Me vé. Me saluda. (*Contestando un saludo.*) Viene agitadísimo, nerviosísimo. ¿qué le pasará?
Gilberta. —¡Virgen Santísima de Guadalupe! ayúdame.
Angelita. —(*Cerrando la ventana.*) Ya entró en el patio.
Gilberta. —Sí, sus pasos me resuenan aquí, aquí. (*Apretándose el corazón.*)

ESCENA VI.

Las mismas más Fernando. (*Este último entra por el fondo dando muestras de grandísima agitación.*)

Fernando. —¡Mi Gilberta! ¡Angelita!
Gilberta. —¿Qué pasa?
Angelita. —¿Qué sucede?
Fernando. —Prepárense á oír una buena nueva.
Gilberta. —¡Ah! ¿¡Una buena nueva!?
Angelita. —¿De qué se trata?
Fernando. —Si no lo van á creer.
Gilberta. —¿Pero qué?
Angelita. —¿Qué?
Fernando. —Me acaban de ascender. Me nombraron....
Gilberta. —¿Qué?
Angelita. —¿Qué?
Fernando. —Si no lo van á creer. Lo que siempre anhelé; lo que he perseguido con tanto empeño: jefe de taller.
Gilberta. —¡Cómo!
Angelita. —¿De veras?
Fernando. —Como suena; jefe de taller ¡Diez pesos diarios de sueldo! !Trescientos pesos mensuales!
Angelita. —¡¡Trescientos pesos mensuales!! ¡¡Trescientos pesos mensuales!! ¿Pero eso es posible?
Fernando. —Ahora sí, mi nena, se acabaron los caprichitos. Tenemos que casarnos, que casarnos luego; pues fuí designado para la maestranza

de Monterrey y sólo pude obtener diez dias de plazo para ir á ocupar mi puesto.

Gilberta. —Diez días. (*Con pánico.*)

Fernando. —Es bastante para arreglar la boda.

Angelita. —No cabe duda

Fernando. —Tengo con que pagar las dispensas. El traje blanco lo harán en cuatro ó cinco días.

Angelita. —Sí. sí, por supuesto.

Fernando. —Me voy á volver loco. cuando te vea vestida de novia. ¡Vas á estar más bonita! Quiero que el velo, el blanco velo nupcial, que simboliza pureza, sea grande, muy grande, para que te envuelva como una nube. ¿Qué te pasa? te has puesto pálida, palidísima.

Gilberta. —No sé.

Fernando. —Estás fría, fría, helada. (*Tomándole una mano.*)

Gilberta. —No sé por qué (*Confusa.*)

Fernando. —Parece que la nueva no te ha gustado. ¡Venía tan contento á dártela! ¡Si supieras! venía por las calles corriendo como un chiquillo, como un loco. Hablaba solo, y riendo y llorando á la vez, decía: qué contenta, qué contenta se vá á poner mi Gilberta. Y....y no...., no, no te has puesto contenta.

Gilberta. —Sí, Fernando ¡cómo no! Pero me he asustado, me he emocionado, no estaba preparada. (*Sufre, no sabe qué decir.*)

Angelita. —Sobreponte niña, dí á Fernando que está bien. que arregle la boda.

Gilberta. —Mamá. (*Con angustia.*)

Fernando. —Pero, ¡Dios mío! ¿qué es esto? ¿dudas aún? ¿por qué?

Angelita. —Vaya unos modos. (*Enfadada.*)

Fernando. —No empeñes así mi alegría, Gilberta. ¡Es tan grande, es tan justa! Figúrate, recibir la recompensa de toda una vida de trabajo laborioso y honrado. Alcanzar, al fin, el puesto que he perseguido tenazmente tantos años. Poder ofrecerte, no sólo mi alma entera, sino una vida llena de comodidades y de bienestar. ¿No debemos regocijarnos y bendecir á Dios? Gilberta, adoración mía, tú sabes que sólo por tí era ambicioso, que sólo por tí codiciaba un buen sueldo. Ya lo tengo, ya triunfé. Vengo á tí lleno de confianza en la vida. y no debes titubear. porque titubear es matar mi alegría. es hacerme creer que no me quieres.

Gilberta. —Tú no puedes creer eso, mi Fernando.

Fernando. —¿Qué debo creer entonces?

Gilberta. —No sé. no estaba preparada, deseas que el matrimonio sea de una manera tan violenta....

Fernando. —Las circunstancias apremian.

Angelita. —Claro.

Gilberta. —¿Por qué?

Fernando, —Porque de no casarnos en esta semana, tendría que ausentarme indefinidamente de tí, ó no aceptar el puesto.

Gilberta. —Pues....no lo aceptes.

Fernando. —¡Oh! (*Con desaliento.*)

Angelita. —¡Niña! ¿estás loca? ¿Cres tú que un puesto de trescientos pesos mensuales se desecha así, como así? Es el porvenir de Fernando. Tú no tienes derecho de destruir su porvenir.

Fernando. ¿Qué debo contestar? se me pide que resuelva hoy mismo.

Gilberta. —¡Hoy mismo! (*Con angustia.*)

Angelita. —¿De manera qué si acepta, tiene que irse?

Fernando. —Naturalmente.

Angelita. —¿Y de lo contrario pierde el empleo?

Fernando. —Irremisiblemente.

Angelita. —¿Ya oyes? (*A Gilberta.*)

Gilberta. —Bueno....pues....acepta. Sea solo ó con migo, partirás dentro de diez días.

Fernando. —Nó, sólo no me voy. Trabajé por tí, me esforcé por tí, triunfé por tí. Si tú desdeñas el fruto de mis afanes, yo tampoco lo quiero, ¿para qué? (*Con los ojos llenos de lágrimas.*)

Angelita. —¿Pero qué sucede, no amas á Fernando?

Gilberta. —Madre lo amo con toda mi alma, pero....

Fernando. —¿Pero qué?

Angelita. —¿Qué?

Gilberta. —Yo no debo, yo no puedo casarme; es imposible.

Fernando. —¡Cómo! No dices que no quieres; dices que no debes, que no puedes. ¿Qué quiere decir ésto? ¿Qué quieres decir? ¡Dios mío! Es para volverse loco. En esto hay un misterio tremendo. Algo gravísimo que tú me ocultas.

Gilberta. —Pues bien, sí. (*Con mortal agonía.*)

Fernando. —¿Qué dices? (*Con terror.*)

Angelita. —¡Cómo!

Fernando. —Habla, por Dios

Gilberta. —No puedo, ¿no ves que me estoy muriendo? Te lo diré por escrito.

Fernando. —Te suplico que sea cuanto antes.

Gilberta. —Sí, sí. (*Se sienta en primer término en una actitud de inmenso desaliento.*)

Fernando. —(*Acercándose á Angelita que se ha quedado en segundo término.*) Angelita, ¿oyó usted? ¿qué será? Las palabras de Gilberta me han dejado como muerto.

Angelita. —No sea tonto, no se apure no es nada Esa muchacha es muy extravagante Ya verá, como sale con una pamplina.

Fernando —¿Cree usted?

Angelita. —Por supuesto.

Fernando. —Pero esas palabras....sus vacilaciones....su continua tristeza ....el novio aquél....aquellas flores....la frase aquella de la tarjeta. ¡Oh! aquella frase aquella frase, la siento aquí, aquí, escrita con fuego. (*Tocándose la frente.*) Por primera vez, desde que la conozco, una duda horrible hace vacilar mi fé y mi culto. ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Angelita. —Vamos, Fernando.

Fernando. —Me siento morir. ¡Ay! yo que me creía filósofo. Nó, ante ciertos dolores, ante ciertas angustias, no hay filósofos, no hay razonadores; hay sólo hombres hombres de carne y hueso. Soñar, soñar toda una vida. Y cuando la quimera se hace tangible, cuando el ensueño puede realizarse, sentir que ya no nos sirve para nada, que es demasiado tarde, demasiado tarde (*Llorando.*)

Angelita. —No sea tonto, no se aflija usted así. Ya verá como no es nada.

Fernando. —Me voy. Haga usted que me escriba en el acto.

Angelita —Por supuesto

Fernando. —Los momentos de espera, van á ser para mí una agonía mortal.

Angelita —Váyase tranquilo, en seguida la escribe.

Fernando. (*Con honda emoción.*) Despídame usted de élla, yo no puedo (*Sale.*)

ESCENA VII.

Las mismas, menos Fernando.

Angelita. —¡Pobre hombre! lo vas á volver loco con tus extravagancias. ¡Venía tan contento á darte la nueva de que ya era jefe de taller! ¡¡Jefe de taller!! ¡¡Trescientos pesos de sueldo!! ¡¡Qué sueldaso!! Y tú, en vez de contestarle como es debido, haciéndote de la boca chiquita, y hablándole de no sé que misterios, de no sé qué enredos A la mejor, le metes un mal pensamiento, y ¡adiós boda! Vaya unos modos que tienen las muchachas de ahora. En mi tiempo no se usaban tantas facetadas, ni tantos remilgos. (*Enfadada*)

Gilberta. —Mamá, te suplico que me dejes sola. Necesito estar sola, sola con mi alma, sola con mi conciencia.

Angelita. —Esta bien. Me voy á la Villa á pedirle á nuestra Madre Santísima de Guadalupe, que arregle este negocio.

Gilberta. —Sí, sí, vé al Tepeyac. Híncate frente á la virgencita morena, que yo quería tanto cuando era niña, y pídele que me haga un milagro, un milagro. (*Llorando.*)

Angelita. —Voy pues

Gilberta. —Sí, un milagro un milagro. (*Con desesperación.*)

Angelita. —Escribe á Fernando la carta que le prometiste.

Gilberta. —Sí, voy á escribirla.

Angelita. —Me llevo tu chal. (*Se pone el chal que Gilberta dejó poco antes sobre una silla.*)

Gilberta. —Está bien. (*Sale Angelita por la puerta del fondo.*)

ESCENA VIII.

Gilberta sola.

Largo rato lucha por acercarse al escritorio. Ya se levanta con valor; ya se deja caer en la silla presa de profundo desaliento. Después de larga lucha, que queda encomendada al talento de la actriz, se sienta frente al escritorio y escribe. Escribe con angustias, con vacilaciones, con lágrimas. (*Deteniéndose después de escribir un rato.*) No, no, esta palabra no. (*Lucha.*) (*Escribe una palabra que le cuesta un inmenso bochorno.*) ¡Oh! (*Cubriéndose la cara con las manos.*(*Escribe un momento más, termina la carta y la mete en un sobre.*)

ESCENA XI.

Gilberta y Carlos.

Carlos. (*Entra con cautela por la puerta del fondo, mira hacia todos lados, para cerciorarse de que Gilberta está sola, y avanza hacia élla que le da la espalda por estar sentada frente al escritorio.*) Buenas tardes.

Gilberta. —(*Volteando y viéndolo.*) ¡Ay! (*Grito de espanto.*) ¡Qué! ¡Usted! ¡Don Carlos! (*Se levanta temblando toda, apretándose el corazón*)

Carlos. — No se alarme así, Gilberta.

Gilberta. —¡Usted aquí! ¡Dios mío! ¡qué es esto!

Carlos. —No se alarme así.

Gilberta. —¡Válgame Dios! ¡Sólo esto me faltaba! Váyase, váyase usted se lo suplico. (*Alarmadísima viendo amenudo hacia la puerta del fondo*)

Carlos. —No esperaba un recibimiento muy cordial, pero tampcco lo esperaba tan hostil. ¡Qué ingratas sois las mujeres!

Gilberta. —Le suplico que se vaya.

Carlos. —¡Ime! cuando me costó tanto trabajo encontrar esta oportunidad.

Gilberta. —Le escribí suplicándole que no se ocupará de mí.

Carlos. —Esas súplicas no se atienden, diosa.

Gilberta —¡Virgen Santísima! si alguien viene. Don Carlos se lo suplico, váyase; le dí mi pasado déjeme el porvenir.

Carlos. —Pero, ¿por qué te asustas tanto? ¿Soy un ogro? Antes no eras así conmigo. (*Acercándose mucho á Gilberta.*)

Gilberta. —(*Apartándose de Carlos.*) Retírese usted, déjeme.

Carlos. —¡Dejarte, ahora que te he vuelto á encontrar! !imposible!

Gilberta. —Pero, ¿por qué se le ha ocurrido volverse ócupar de mí? ¿No me dejó usted por su voluntad, porque se le dió la gana?

Carlos. —No, si tú no eres la que yo dejé. A tí te han cambiado. Me quedé abssorto cuando te volví á ver. Dejé una crisálida y me encontré con una divina mariposa. Dejé un esbozo, y me encontré con una obra maestra. Tu cuerpecito endeble, se ha convertido en un cuerpo de diosa. Tu busto....

Gilberta. — Cáyese usted.

Carlos. —Te has puesto más rolliza y más linda....¡Me das vértigos!

Gilberta. —¡Don Carlos, por Dios! *(Con angustia, mirando á menudo hacia la puerta del fondo.)*

Carlos. —Desde que te volví á ver se han despertado en mi alma un mundo de recuerdos. Es una obseción de mis sentidos el día aquel con todos sus misterios, con toda su pasión.

Gilberta —Cáyese usted. Váyase.

Carlos. —Tengo nostalgía de tí. (*Acercándose mucho á Gilberta, que lo escucha tapándose la cara con ambas manos.*) De todo lo tuyo. De tus manitas tibias que yo apretaba entre las mías abrasadas. De las palabras balbucientes, con que, toda confusa y ruborizada, respondías á mis palabras de fuego.

Gilberta. —Cállese usted.

Carlos. —De tu frente que mis labios desfloraron.

Gilberta. —Cállese usted.

Carlos, —De tu boca que fuí el primero en besar.

Gilberta. —Don Carlos, no puedo. ni quiero, ni debo, oír esas cosas. Su presencia aquí me compromete atrozmente. Le suplico que se vaya.

Carlos. —¿Mi presencia te compromete? ¡Ah! ¡qué torpe, qué torpe soy! ¡otro ha ocupado mi lugar! ¡Está claro! Si debí haberlo notado al entrar. Estás instalada con desencia. Se vé luego que hay quien pague..........

Gilberta. —(*Con fiereza.*) Lo que tengo no me lo ha dado nadie. Lo he comprado con el producto de mi trabajo. (*Carlos se sonrie con incredulidad.*) ¡Se rie usted.! ¡Duda.! ¡Tiene razón! Es usted el único ser en el mundo que tiene derecho de dudar de mí, de insultarme.

Carlos. —Por Dios, Gilberta.

Gilberta. —Sí, sí, siempre es así. El primero que nos desprecia, es el que nos hizo despreciables. El primero que nos escarnece, es el que nos hizo merecedoras del escarnio.

Carlos. —¡Qué altanera.!

Gilberta. —Nó, con usted no lo soy. ¡Le causaría risa.! Mal puedo ser altanera, delante de quien tengo que bajar la cabeza y enrojecer.

Carlos. —Deja ese tono ó me marcho.

Gilberta. —Sí, sí, váyase; si es lo que quiero.

Carlos. —¡Ingrata.! ¡Mal agradecida.! Vengo á buscarte y me despides. ¡Olvidadiza.! Aun suena en mis oidos la vibración argentina de una vocecita querida que me decía: ¡te adoro! ¡tuya para siempre, para siempre.!

Gilberta. —¡Oh.! (*Bajando la cabeza.*)

Carlos. —¿Recuerdas, dí, recuerdas? (*Acercándose mucho á Gilberta.*)

Gilberta. —¡Ay de mí, sí.

Carlos. —¿Con emoción?

Gilberta. —(*Retirándose de él y levantando la cabeza.*) Nó, con disgusto y vergüenza.

Carlos. —¡Reina cruel.!

Gilberta. —¡Reina yo! ¡valiente reina! sin palacio, sin corona y de chalecillo.

Carlos. —Todo tendrás si quieres. Soy inmensamente rico. Coronaré de brillantes tu divina cabeza. Haré desaparecer tu busto de diosa bajo una lluvia de nítidas perlas, y envolveré tus formas soberanas en telas de una finura tal,como sólo las pueden usar las mujeres más suntuosas. Tendrás palacios, coches, cuanto quieras. Derrocharé á montones todo mi oro para complacerte. (*Pausa.*) ¿Qué respondes? ¿aceptas?

Gilberta. —Nó.

Carlos. —¿No quieres mis diademas?

Gilberta. —¡Para qué! si todas juntas no lograrían borrar el estigma que puso usted en mi frente.

Carlos. —¿Mis perlas al menos? Te daré tantas, que tu garganta desaparecerá totalmente, bajo ellas.

Gilberta. —¡Gracias! Si mi garganta es fea, no la hermosearán las perlas; si mi garganta es hermosa, estará más hermosa desnuda que cubierta, aunque sea de perlas.

Carlos. —Esta vez tienes razón.

Gilberta. —Y en cuanto á lo demás; á su palacios, á su coches, y á sus finísimas telas, le diré, que las desprecio por la muselina y el tosco chal de las humildes. Vale más y es más respetable la limpia falda de lana y el modesto chalecillo, comprado con el producto del trabajo, que las ricas telas y las radiantes joyas adquiridas por viles medios. Yo así, mal trajeada como voy, tengo derecho al respeto de todos. Mientras adornada con sus ricas joyas, y envuelta en sus finísimas telas, podría ser despreciada, insultada, por cualquiera, hasta por los pilluelos.

Carlos. —En suma, ¿desprecias mi amor?

Gilberta. —Sí, lo desprecio por grosero. No quiero el amor que hace enrojecer la frente de vergüenza; quiero el amor que la hace irradiar de virtud. No quiero al amor que con una mano acaricia y con la otra abofetea, quiero el amor verdadero, el que estima y respeta. No quiero el amor infecundo qne mancha y destruye, quiero el amor fecundo que crea y construye. (*Con voz vibrante.*)

Carlos. —¡Necia!

Gilberta. —¡Necia! ¿por qné? Porque he encontrado la Luz, y no quiero ir á la sombra; porque he presentido el hogar y no quiero ir á la cloaca; porque he vislumbrado la cumbre y no quiero ir al abismo

Carlos. —Necia, necia.

Gilberta. —Sí, tan necia que lo desprecio á usted, con todas su riquezas, por un obrero qne no tiene más riqueza que la honradez de su alma, y el vigor de sus brazos.

Carlos. —¡Ah! hasta que hablaste claro. Ya sabía yo esa historia. Me desprecias por un miserable obrero que jamás podrá darte lo que yo te ofrezco.

Gilberta. —Pero podrá darme algo de mucho más valor.

Carlos. —¿Qué pués?

Gilberta. —Un hogar, una familia.

Carlos. —¡Vaya una necedad! desdeñar la fortuna, el lujo, el placer por la prosa, por la horrible prosa de la vida; el matrimonio; una nube de chiquillos llorones; una vida de constante trabajo y fastidio.

Gilberta. —Nó. Una nube de lindos bebés, sanos, sonrosados y alegres; que llenarían de gorgeos la modesta casa peterna; que se agruparían á mi alrrededor como bajo una sombra bienechora; que irían creciendo, mientras yo fuera envejeciendo; que suplirían mi dibilidad con su fuerza, mi vejéz con su juventnd; que me harían renacer, para amar de nuevo con sus amores, soñar de nuevo con sus ilusiones, reír de nuevo con sus alegrías. Una vida de trabajo, sí. Pero de trabajo fecundo, de trabajo lleno de amor y de gracia. Esta es la familia, este es el hogar. Usted le llama horrible prosa. Bueno. Yo le llamo divino deber, divina poesía.

ESCENA X.

Los mismos más Fernando. (*Este último llega á la puerta del fondo, al ir á entrar, ve que Gilberta está hablando con Carlos, vacila entre entrar, quedarse ó retirarse. Al fin se queda en la puerta sin pasar del dientel, medio oculto por las cortinas. La expresión de extrañeza, de los celos, de cólera, que debe pasar sucesivamente por su rostro, queda enconmendada al talento del actor.*)

Carlos. —¡Uy, uy, uy, qué ideas tan erróneas, tan disparatadas te han inculcado.! Es preciso que yo te instruya de nuevo. (*Acercándose á Gilberta.*

Gilberta. —(*Apartándose de él.*) Retírese usted, Don Carlos; por centésima vez

se lo digo. Conmigo pierde usted el tiempo. Ya no soy la pobre obrera ignorante y abandonada de quien hizo usted su juguete La Luz ha triunfado en mí. Sé respetarme y hacerme respetar Vaya usted á fascinar con la oferta de sus regias joyas á otras mujeres. que para mí la única joya de valor es la estimación de mí misma.

Carlos. —Basta. No quieres por la buena; pues por la mala. O cedes. ó tu novio sabrá........

Gilberta —¿Qué?

Carlos. —Que fuiste mía.

Gilberta. —¡Oh! (*La acción de Fernando en este instante supremo, es de una alta intensidad dramática y se recomienda mucho al talento del actor.*) (*Pausa.*)

Carlos. —Conque ya sabes.

Gilberta. —Dígale todo sí. Será una afirmación de lo que en esa carta acabo de escribirle. Dígale todo sí. Pero dígale la verdad, que fué antes de conocerlo á él, que era todavía una niña, que fué un instante único que he llorado. después mi vida entera

Carlos. —Cálmate. Nada le diré

Gilberta —Se lo dirá usted todo. Se lo ordeno.

Fernando. —Es inútil. (*Avanzando.*)

Gilberta. —¡Ah! (*Grito indescriptible.*)

Fernando —Lo he oído. (*Pausa larga.*) (*Todos callan embargados de intensa emoción. Gilberta se desploma en una silla y se cubre el rostro con las manos.*)

Carlos. —¿Vino usted á espiarnos?

Fernando. —(*Con fiereza.*) No. señor, yo no soy de los que espían. Vine por una carta que me urgía mucho y....basta. Salga usted de aquí.

Carlos. —¿Con qué derecho me dá usted esa orden?

Fernando. —Alguno tendré cuando la doy.

Carlos. —Siento que no sea igual á mí, para poder desafiarlo. (*Con pedantería*)

Fernando. —No, en efecto no somos iguales. Usted es un canalla, y yo soy un hombre honrado

Carlos. —¡Qué! (*Con cólera.*)

Fernando. —Usted es un muñeco que vive en el vicio y en la vagancia. Un miembro inútil de la sociedad. No, no somos iguales. Usted vive en el prostíbulo y en la cantina. yo vivo en el taller. Dice usted muy bien; yo no soy de la clase de usted; soy de abajo de muy abajo, pero mi contacto no deshonra como el suyo; mi contacto redime.

Carlos. —Nos batiremos.

Fernando. —¡Qué va á batirse usted, botarate! Si es incapaz de darme un manazo.

Carlos. —Veremos.

Fernando. —Salga de aquí. En esta casa honrada, donde mora el trabajo y el amor, no hacen falta reptíles

Carlos. —Elija usted armas; ¿pistola ó espada?

Fernando. —Yo, para castigar á los cobardes. á los viles seductores de niñas indefensas, no uso pistola, ni espada; uso bastón ó látigo.

Carlos. -Me la....(*Queriéndose echar sobre Fernando, pero deteniéndose por cobardía.*)

Fernando. —Salga usted de aquí. Y tenga usted entendido que, si vuelve á mirar siquiera á esa mujer, lo mato á bastonazos donde lo encuentre.

Carlos. —Me la....(*Misma acción anterior.*)

Fernando. —¡Fuera, fuera! (*Terrible.*) (*Sale Carlos.*)

ESCENA FINAL.

Gilberta y Fernando.

(*Larga escena muda.*)

Fernando, completamente agotado; se deja caer en un silla, de las que están junto á la mesa y se cubre el rostro con las manos. Gilberta guarda una posición semejante en otro extremo de la escena. Pasado un rato levanta la cabeza y ve á Fernando con ojos secos sin lágrimas. Se levanta, titubea, vacila, y al fin se acerca tímidamente á Fernando, con la carta que un momento antes había escrito; la abre y se la pone delante, quiere hablar, no puede se hinca junto á él, se inclina sobre sus rodillas y estalla en llanto. Un llanto convulsivo, profundo; como de quien lo ha guardado muchos años y al fin le dá rienda suelta. Fernaudo levanta á veces la cabeza, ve á Gilberta llorando á sus pies, le viene un acceso de cólera, de celos. Hace impulsos de abalanzarse sobre élla, pero la ira se resuelve en compasión por sus ojos preñados de lágrimas, pasa una mirada de piedad y de cariño.

Fernando. —¡Me has matado! (**Larga Pausa.**) (***Pasa la vista por la carta.***)

Gilberta. —***Humildemente, sin levantarse, con voz sumisa y empapada de lágrimas.***) Ya ves, yo te lo decía; la dicha para mí sólo era un sueño, un sueño. (*Pausa.*) Sí, ya lo sabía, ¡era demasiado tarde! ¡demasiado tarde! ¿Recuerdas? esas fueron mis palabras. aquel lejano día en que te conocí; aquel día bendito en que extendiste hacia mí tu mano abierta como para una oferta suprema. Ya, ya lo sabía. Mi alma te lo dijo sollozando. ¡Es demasiado tarde! ¡demasiado tarde! ¿Te acuerdas? esas fueron mis palabras. ¿Ay de mí? porque no comprendiste desde entonces, todo el mundo de dolor y de desesperanza que encerraban (*Solloza amargamente.*)

Fernando. —Levántate, no estés así. (*Gilberta se levanta. Se acerca lentamente al escritorio; lo abre y saca varias cajitas y paquetes. Al tomarlos en las manos, los besa y se echa á llorar sobre ellos. Se dirige á la mesa, junto á la cual está Fernando, y los pone sobre ella.*) ¿Qué haces?

Gilberta. —Te devuelvo tus cartas......¿qué otra cosa debo hacer? (*Pausa.*) Cada una de éllas fué para mí una revelación, una dicha y un tormento infinito .....Por éllas comprendí el objeto de la vida, la misión del amor......Yo lo ignoraba, por eso quizás,......falté. Con éllas. me hiciste entre-ver el paraíso; pero pude también medir el abismo que tenía á mi esplada......Si algo soy..... , si algo vale mi alma. á tí y á tus cartas lo debo. En ellas vaciabas toda tu divina ciencia y, como yo las leía con tanto amor, algo me iluminaban con la luz que de tí traían......Eran mensajeras de amor y de sueños; de amor ideal, y de sueños divinos......Muchas veces al leerlas. olvidaba el pasado y me mecía en el casto ensueño que ellas me sugerían......Me veía contigo en el modesto nido por tu amor formado......; te veía volver del trabajo, y reposar tranquilo sobre mi pecho; recreando tus ojos en el divino cuadro de la abuelita rodeada de querubines......¡Ah! Yo sabía que era un sueño......, que debía despertar......, y alargaba, alargaba, avara de tu dicha el instante de recordar......Lo alargaba, sintiendo una vergüenza indomable que me paralizaba la lengua......Lo alargaba por cariño á tí......Te veía tan feliz soñando que no tenia valor para despertarte......(*Fernando escucha sosteniendo una terrible lucha consigo-mismo.*) (*Se ve que vacila; que su alma va hacia Gilberta y retrocede.*) (*Gilberta pone cerca de él las cartas; después se quita una argolla que lleva en la mano, la besa, y la pone también frente á Fernando.*) Te devuelvo tu anillo ...; tiene nuestros dos nombres enlazados .... , y una fecha que nos era muy querida.. ....(*Saca de una cajita varios ramos de flores secas.*) ¡Tus flores! (*Tomando un ramo.*) Este fué el primer ramo que me diste.... . Estas violetas. me las obsequiaste el domingo...., ¡fué tu último dón! Permíteme que éste y el primero los conserve....(*Toma dos ramos y los demás los acerca á Fernando.*) (*Abriendo otra caja.*) En esta cajita, hay varias pequeñeces que me son muy caras....; pelo......, un botón...., un lápiz que olvidaste un día....; esto es mío. (*Tomando un retrato.*) ¡Tu retrato! (*Besándolo y echándose á llorar.*) Nó, no puedo devolvértelo......; se queda conmigo. Cuando tú ya estés lejos y yo me quede sola...., muy sola....; cuando mis ojos busquen tus ojos y ya no los hallen, cuando mis manos busquen tus manos y ya no las encuentren, aquí estará él. al menos para hablarme de tí......

Fernando. —*(Se levanta. Una onda de emoción y de lágrimas lo ahoga.)* Guárdalo todo; yo también conservaré lo tuyo *(Hace impulsos de irse.)*

Gilberta. —¡Qué! ¿ite vas!? ¿ite vas así!? sin una palabra......

Fernando. —Sí, no sé que decir......Ante este derrumbamiento de todos mis sueños, todo mi ser vacila......y mi alma entera llora......

Gilberta. —Dime al menos, que te acordaras de mí sin rencor; como de una víctima de vida, mas digna de lástima que de desprecio. *(Con intensa emoción)*

Fernando. —Adios, sin rencor. *(Dándole la mano. Con la voz ahogada por las lágrimas.)*

Gilberta. —*(Besando la mano de Fernando.)* Mano adorada, mano santa, que me ayudó á subir la dura cuesta, adiós. ¡Que larga, qué penosa, qué desesperada, va á parecerme la vida sin tu apoyo! Adios.

Fernando. —Adiós para siempre. *(Alejándose.)*

Gilberta. —¡Se vá..... ! ¡Se vá! ¡Se vá! *(Con angustia suprema. Fernando llega á la puerta del fondo.)* ¡Se vá! ¡Se vá! *(Enloquecida.)*

Fernando. —*(Al llegar á la puerta, la vacilación se efectúa. Gilberta sigue anhelante sus movimientos.)* ¡No puedo! ¡Gilberta!

Gilberta. —¿Qué?

Fernando. —¡Aquí, para siempre! ¡Te perdono! *(Abriendo los brazos.)*

Gilberta. —¡Ah! *(Grito supremo.)* *(Se echan uno en brazos del otro sollozando convulsivamente.)*

CAE EL TELON.
